



4. Juan Ramón, las mujeres y el amor antes de Zenobia

Antonio Martín Infante

INTRODUCCIÓN

Desde que la conoció en Madrid en el verano de 1913, Zenobia Camprubí se convirtió en la piedra angular de la vida de Juan Ramón Jiménez, lo que en su caso significaba también una influencia capital (sin duda, la mayor) en su obra literaria, ya que, como es sabido, vida y obra son dos elementos indisolubles en la existencia del poeta moguerense. A partir de aquel verano, pero muy especialmente después de que se casaran el 2 de marzo de 1916, Juan Ramón consiguió la estabilidad mental y vital que necesitaba para encauzar definitivamente su producción poética. En esto están la mayoría de los expertos de acuerdo.

Desde ahí, desde esa ya mítica boda que tuvo lugar en la Iglesia de Saint Stephen de Nueva York, al final de sus días Juan Ramón y Zenobia, Zenobia y Juan Ramón, serían como una sola persona, tal fue su amor. Pero, ¿qué ocurrió antes?, ¿cómo sentía y amaba Juan Ramón antes de conocer al verdadero amor de su vida? A explicar esto precisamente voy a dedicar el presente trabajo. Para simbolizar esta importancia crucial que tuvo Zenobia en Juan Ramón, vamos a partir desde ella hacia atrás, recorriendo de forma inversa el orden cronológico para ir conociendo una a una las mujeres que hubo en la vida de Juan Ramón y cómo éste entendió en cada momento la forma de amarlas y el amor en sí.

Para expresarlo con mayor claridad, el artículo está dividido en dos bloques. El primero va desde 1913 hasta el cambio de siglo, aproximadamente hasta finales de 1899, que es cuando Juan Ramón descubrió el nuevo movimiento literario y artístico del Modernismo, lo que le llevaría a publicar sus dos primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, en septiembre de 1900; aunque mucho más importante que eso fue que la nueva estética se basaba en principios muy radicales de libertad creadora, lo que sirvió a nuestro poeta para desinhibirse considerablemente en asuntos amorosos. Y el segundo bloque irá desde finales de 1899 hasta su infancia, periodo que está dominado en gran parte por una forma de amar temerosa y mediatizada por un sentimiento de culpabilidad de índole religiosa, que también estudiaremos, siempre teniendo en cuenta que ambas concepciones del amor no fueron en todo momento ni mucho menos estancas. El primer bloque consta de una extensión mayor

que el primero, puesto que, lógicamente, conforme fue ganando en años, el poeta también lo hizo en historias amorosas.

En definitiva, a través de su biografía, pero más que nada a través de sus poemas en particular y de sus escritos en general, podremos comprobar cómo Juan Ramón entendió el amor y a las mujeres antes de Zenobia.

BLOQUE I. JUAN RAMÓN Y EL AMOR DESPUÉS DEL MODERNISMO

1. AMADAS PLATÓNICAS, LOUISE GRIMM Y GEORGINA ÜBNER, Y LA TENTACIÓN CONCEDIDA DE SUSANA ALMONTE

a) Louise Grimm

Justo antes de Zenobia estuvo en el corazón de Juan Ramón alguien muy parecida a Zenobia: Louise Grimm. ¿Casualidad?, ¿destino? Ya veremos después que no.

Si en el verano de 1913 Juan Ramón conocía a Zenobia, su último romance documentado se extendió hasta apenas unos meses antes, llegando hasta la primavera de ese mismo año. En la última carta de Juan Ramón dirigida a Louise, de 1915, es evidente que la relación entre ellos se había enfriado notablemente, sin duda porque hacía ya algún tiempo que Zenobia había entrado en su vida, y del amor se había pasado a una amable amistad (la misiva, que comenzaba con un «Mi querida amiga» terminaba con un «Me gustaría saber más de usted y de su vida», lo que al mismo tiempo que señalaba ese aprecio mostraba también el distanciamiento existente¹). No obstante, la carta anterior a esa, la de la primavera de 1913, sí sigue siendo la de un Juan Ramón enamorado (enamorado de alguien que no era Zenobia por la sencilla razón de que aún no la conocía)²:

¹ JIMÉNEZ 2006, p. 59.

² JIMÉNEZ 2006, pp. 557-558.

Si no este año, el próximo, iré a Londres o a donde usted esté. (...) He renovado amistades de mujer y he conocido mujeres nuevas; he tenido éxitos puros. Pero el vacío sigue siendo el mismo (...). Va Melancolía. Seguirá encontrándose usted por muchos versos. Además, he ornamentado los tercetos melancólicos con su nombre, guirnalda de mis pensamientos (...). Suyo siempre y como siempre, corona de mis sueños.

Y un año antes, el 31 de marzo de 1912, era aún más efusivo³:

Quando se vaya usted a esa casita de campo de su país, búsqüeme otra por ahí cerca, pequeñita, al final de un jardín grande. Tengo una firme esperanza en que la vida ha de ponerme a su lado un día y para siempre. Cuando usted haga feliz a su hija y ya ella no la necesite tanto, será tiempo de que me haga usted feliz a mí. Nada es la edad. La primavera está en el alma y la de usted florecerá en su otoño. Además yo amo el otoño de la mujer tanto —o más— como su primavera. ¿Puedo esperar que me consagrará usted su otoño?

Pero, ¿quién era Louise Grimm y como la conoció Juan Ramón⁴. Louise Grimm de Muriedas nació el 23 de noviembre de 1878 en Filadelfia, en el seno de una familia acomodada y célebre en su ascendencia, ya que el apellido Grimm le venía directamente de los famosos Hermanos Grimm, aquellos folcloristas alemanes autores de una de las recopilaciones de cuentos populares más importantes de la historia. Por su estatus social, tuvo una excelente educación que pronto se tradujo en un gran amor por la literatura, especialmente la poesía en lengua inglesa. En un viaje a México conoció a su futuro marido, Antonio Muriedas y Manrique de Lara, con quien se casó poco antes de 1900, y en este mismo año nació su única hija, María Luisa. Algo después el matrimonio se trasladó a vivir a Madrid, en un piso de la familia Muriedas (la madre de Louise era hija de españoles asentados en Cuba, por lo que no le

³ JIMÉNEZ 2006, p. 554.

⁴ Sigo a YOUNG, 2000, pp. 26-27; y a EXPÓSITO, en JIMÉNEZ, 2007, pp. 33-34; aunque PALAU, 1974, pp. 296-302 y 432-435, también habla ampliamente de esta relación.

resultaría extraño lo español y, de hecho, Louise hablaba castellano). Desgraciadamente, su marido, un terrateniente «grandote, fuerte e imperioso» (en palabras de Howard Young, que habló en persona con la hija), también era alcohólico y la maltrataba a menudo. Es probable que este lamentable detalle influyera en que Louise estuviera por aquel entonces más sensible a establecer una relación extramatrimonial con Juan Ramón, aunque, todo hay que decirlo, ésta siempre fuera absolutamente platónica.

Dicha relación comenzó a forjarse en 1903, seguramente en algunas de las reuniones sociales (en los «salones galantes», como se les llamaba entonces) a las que asistía Juan Ramón en Madrid, una vez mejorado de sus problemas nerviosos de entonces, más probablemente en la casa del historiador Carlos Navarro Lamarca. Ahí comenzó una atracción mutua (más intensa por parte de Juan Ramón⁵, lo que no dejaba de ser habitual en él), que no se desataría realmente hasta 1907, cuando Louise se separó de su marido, tal y como le contaba la escritora María Martínez Sierra a su amigo Juan Ramón en una carta de entonces: «La bella ingrata ha tenido que separarse de su marido, porque era borrachísimo y no entendía de poemas»⁶. En estas breves palabras se apuntan dos asuntos interesantes: que, efectivamente, la norteamericana sufría algún tipo de maltrato doméstico; y que el poeta y su amiga estaban un poco picados por algún gesto de Louise, más exactamente que ésta rechazó una dedicatoria en *Pastorales* (libro de 1905, aunque publicado en 1911) que Juan Ramón le proponía, posiblemente por evitar males mayores en su deteriorada relación matrimonial.

Desde 1907 en adelante, se desarrollaría entre ellos una apasionada relación epistolar, con cruce de libros, retratos y flores incluido. Ésta

⁵ Así lo señalaba PALAU (1974, p. 470), y lo demuestra el hecho de que con declaraciones postales juanramonianas de 1907 muy exaltadas («Si yo tuviera más dinero y usted me quisiera más, usted se divorciaría y nos viviríamos del todo y para siempre»), lo máximo a que podía llegar Louise era esta respuesta: «Estando yo libre, las costumbres de España me tendrían sin cuidado, pero tengo que complacer a otros que no son de mis opiniones en nada, y la experiencia me ha probado que es más fácil negarme; en otras palabras: la abnegación es más fácil que la conversión» (YOUNG, 2000, pp. 33-34).

⁶ YOUNG 2000, p. 28.

duró, como se ha adelantado antes, hasta que conoció a Zenobia (aunque habría alguna carta después, ya sería en otros términos, como también hemos comprobado). Y es que Louise, en realidad, era una especie de «pre-Zenobia»: era joven y guapa, era medio norteamericana y medio española, y despertó en Juan Ramón su lado amoroso más espiritual; además era una «mujer culta, de espíritu sensible e interesada por la poesía [que] inició a Juan Ramón en la lectura de algunos autores ingleses»⁷, exactamente igual que ocurrió con Zenobia. Teniendo en cuenta lo crucial de la aparición de Zenobia en la vida y la poesía de Juan Ramón, es difícil y embarazoso preguntarse aquí por qué hubiera pasado de no haber surgido finalmente ésta; ¿hubiera sido Louise quien ocupara su papel? Es una pregunta de respuesta imposible, pero lo cierto es que el poeta onubense sintió algo muy fuerte por Louise, tal y como se observa en muchas muestras amorosas de la primera etapa de su poesía⁸. Aparte de la dedicatoria general de *La soledad Sonora* (escrito en 1908 y publicado en 1911) «A/ Louise Grimm/ honda, fina y dulce/ entre todas las mujeres», cito dos de las más evidentes, aunque hay más. «A Luisa/ Enviándole unas rosas blancas» (*Laberinto*, escrito en 1910-11, publicado en 1913).⁹

Las rosas que te mando, esta tarde estuvieron
regias de sol en mi jardín... Sus tiernos pétalos
guardan una armonía de ocaso y de fragancia,
ornada de esplendor de fantasía en gracia.

Son cual hermanas dulces de mi corazón. Tienen
esa blancura pensativa de mis sienas,
y, cuando tu las cojas con tus manos de nardo,
crearás que las mías te están acariciando.

De agua de fuente son y de rayo de luna,
mariposas de espuma vinieron en su busca,
en el silencio verde de las vagas auroras
su altivez pálida se engalanó de gloria,
dieron un consonante a cada pura estrella,
fueron nidos de miel de plata a las abejas,
y en las tardes de *estío*, frescas, largas y azules,
alumbraron el parque como pálidas luces...

⁷ JIMÉNEZ 2007, p. 34.

⁸ Vid. JIMÉNEZ 2007, pp. 34-36.

⁹ JIMÉNEZ 2005, pp. 1325-1326.

¿Están muertas? No sé... Son de un vago marfil,
de un encanto de sueño, de una esencia sin fin;
exaltan la nostalgia de mi frente serena
hecha botón de nieve, de música y de seda,
y parecen, redondas, en las manos celestes
un manojo opulento de corazones débiles...

Tómalos... Latirán, esparciendo su aroma,
reirán, dulces y amigos, bajo tu boca roja,
y cuando los contemples, con tus profundos ojos,
parecerán más blancos...

Luisa, pues que somos
poetas, adornemos nuestra ilusión con rosas;
ellas serán las galas de las felices horas
y pondrán en el aire que tiemble de esperanza
una correspondencia de amistad sin palabras.

Y «Balada del perfume de sus cartas», de *Baladas para después*, libro inédito por Juan Ramón y redactado en gran parte por la época de este idilio¹⁰:

Día tras día, se va el perfume de sus cartas. Yo lo respiro, ávidamente, para fijarlo en la memoria de mi alma. Pero es en vano. El perfume que se va no vuelve, o vuelve sólo cuando quiere, como el amor ingrato.

Perfume de sus cartas. Perfume de sus manos que tocan el papel, de sus ojos azules que lo miran, de su aliento que lo entibia. Olor de lo que es ella, de sus sedas, de sus joyas, de sus encajes, ¡de su hija!

A veces, vuelve una onda como el suspiro de una flor errante. Pero cuando quiero aspirarlo ya se ha ido, o tiene otro matiz de olor, o se confunde, o torna tristemente, más tenue cada vez como un adiós... de lejos... de muy lejos...

Torna a mí, perfume errante; no te vayas nunca, mariposa de

¹⁰ Libro inédito escrito hacia 1908 según Alegre (JIMÉNEZ 2006, p. 537), entre 1906 y 1907 según Expósito (JIMÉNEZ 2007, p. 36), y entre 1901 y 1906 según Fernando García Lara (JIMÉNEZ 2005, p. 157). Fue finalmente publicado, como tantos otros libros juanramonianos inéditos, por Francisco Garfias en *Libros de Prosa*, de donde copio el texto (JIMÉNEZ 1964, p. 305). Sabemos que este poema está dedicado a ella por la correspondencia juanramoniana (JIMÉNEZ 2006, p. 537).

*su alma, brisa de un cuerpo inaccesible, aire de sus sueños,
sueño de mi vida, vida de mi vida, no te vayas. ¡Vuelve a mí!*

No obstante, insisto en que parece ser que, una vez iniciada la relación, no se llegaron a ver o, si lo hicieron no hubo intimidad física entre ellos. En realidad, desde que era adolescente, Juan Ramón se había debatido internamente a través de una psicomaquia evidente entre el espíritu y la carne. La llegada del nuevo movimiento modernista al final del siglo XIX, con la libertad en todos los sentidos que propugnaba, provocó que el escritor onubense basculase más hacia el lado carnal (mucho más, tal y como comprobaremos en breve), pero en el momento en que conoció a Louise, y sobre todo a partir de que comenzaron su relación epistolar y adquirieron verdadera confianza, el poeta volvió a arrepentirse de tanta carnalidad y a buscar el lado más sensible y no tan sensorial del amor.

Eso no quiere decir que renunciase del todo a su pasado más sexual (ni siquiera su presente, como veremos en la inmediata excepción de la moguereña Susana Almonte) y, de hecho, justo antes de conocer a Zenobia, el moguereño estaba trabajando en la edición de un volumen de poemas titulado *Libros de amor*, en el que recordaba sobre todo los momentos más íntimamente carnales que había tenido en poco más de una década. Se daba además la circunstancia curiosa de que, antes de conocer a Zenobia en persona, Juan Ramón oía su característica risa al otro lado de la pared, en las fiestas que daban sus vecinos (Arthur Byne y Mildred Stapley), cuyos ruidos precisamente le molestaban en su trabajo de entonces, que no era otro que el de ultimar la edición de *Libros de amor*: su futura esposa le incordiaba involuntariamente mientras se acordaba de todos aquellos antiguos amores que terminaría olvidando definitivamente gracias a ella¹¹. Algo que le ocurriría incluso con el libro en sí, ya que, una vez que comenzaron a tener confianza, Zenobia censuró enérgicamente este tipo de poesía (le acababa de regalar *Laberinto*, escrito en 1910-11, publicado en 1913), optando Juan Ramón por dejar inéditos sus *Libros de amor* e incrementar considerablemente las posibilidades ante un noviazgo

¹¹ JIMÉNEZ 2007, p. 16.

que se presentaba arduo y difícil, especialmente por la oposición de Isabel Aymar, la madre de Zenobia.

Después de algún intento parcial de rescatar dicha obra, afortunadamente Juan Antonio Expósito realizó su edición definitiva en 2007, recuperando a ese Juan Ramón seductor y sensual que también se ve en los dos libros inmediatamente anteriores, *Pastorales* y *Laberinto*, pero no de forma tan clara y evidente. Porque *Libros de amor* no es una obra cualquiera, es el mayor testimonio del lado lujurioso del poeta moguerense, el cual le «atormentaba» sobre todo, como destacaba Expósito, en aquellas noches solitarias y aisladas allá en Moguer, ya que, en palabras del propio Juan Ramón «[e]n las madrugadas de los pueblos, monstruos de sensualidad devoran el descanso. La falta de un estímulo espiritual hace que el cuerpo se entregue de lleno a incomprensible exaltaciones carnales»¹². De cualquier modo, como ya he señalado, parece ser que Louise (Luisa para Juan Ramón) llegó a mantenerse del otro lado de su psicomaquia. De hecho, cuando coincidieron en Madrid, al conocerse en 1903, una relación sexual era prácticamente imposible porque aún no se había separado, y a partir de 1907 (cuando se produjo dicha separación) todo apunta a que ya no coincidieron en la misma ciudad, debido a los continuos viajes al extranjero de Louise y las temporadas en Moguer de Juan Ramón e incluso no llegaron a encontrarse en Madrid en el año 1912 por una cuestión de días, ya que Louise volvió a partir para Londres poco antes de llegar el poeta a Madrid.¹³

Para terminar de hablar de este gran amor de Juan Ramón sólo queda recordar que Zenobia se lo haría olvidar bien pronto, que

¹² Nota manuscrita del Archivo Histórico Nacional, en JIMÉNEZ 2007, p. 14.

¹³ PALAU 1974, p. 500. Aunque es contradictorio en este sentido un poema de *Libros de amor* (el nº 86, JIMÉNEZ 2007, p. 160) que habla en parte de Luisa en estos términos «¡Oh, cómo naufragaba mi vida entre sus brazos/ ¡qué revuelo de besos, de carne y de ojos!». Yo resolvería esta contradicción con una sublimación 'a la inversa' de su relación con Louise, la cual podría perfectamente darse en la otra parte del poema, dedicada a Blanca Hernández-Pinzón, su principal novia de adolescencia, con quien es de presumir que tampoco tuvo relaciones sexuales serias. Quizá con estos versos estamos más ante lo que el poeta deseó e imaginó gráficamente que sucediera que ante lo que realmente sucedió.

Louise no se volvió a casar y que siempre conservó esa melancolía tan parecida a la del propio poeta que tanto gustaba a éste, que le acompañó especialmente en los últimos años antes de su muerte, el 12 de noviembre de 1960.¹⁴

Pero parémonos en un breve epílogo para hablar de la hija de Louise, María Luisa, puesto que Juan Ramón también sintió verdadera pasión por ella, tal y como se demuestra en estas líneas postales de 1907 enviadas a la madre: «¿Y su hijita? Recuerdo haber visto en Madrid, en la calle de Alcalá, un retrato precioso de ella. ¿No es así? ¿Quiere usted mandarme uno? Las niñas me llenan de alegría»¹⁵. Esto con siete años, pero más tarde, con 15, sabemos por la correspondencia de Juan Ramón que éste le escribía e incluso se citó alguna vez ella¹⁶, lo que no quiere decir ni mucho menos que tuviera alguna relación sentimental con ella (no olvidemos además que ya estaba Zenobia de por medio). No obstante, teniendo en cuenta que esta «devoción» por la hija de alguna madre con la que tenía relación no era la primera vez que se daba (ocurrió también con Marthe y Denise Lalanne, como observaremos a continuación), sí es un detalle a tener en cuenta. Ese gusto de Juan Ramón por las niñas se evidencia en un temprano poema de 1901 precisamente titulado «Las niñas», publicados en *Rimas* (1902) y del que citaré unas estrofas en lugar más oportuno.

De todas formas, apuntaré dos detalles que suavizan cualquier interpretación pedofílica de esta información: una, que la edad núbil de principios de siglo era considerablemente menor que hoy en día (véase el célebre ejemplo de Antonio Machado y su malograda Leonor, con la que se casó cuando ésta tenía quince años, pero a la que conoció con doce); y otra, que ese gusto morboso por las chicas demasiado jóvenes pertenecía también a un tópico modernista muy común, proveniente de la literatura decadentista, y que, por ejemplo, Valle-Inclán llevó al extremo insinuando una posible relación sexual del Marqués de Bradomín con su hija Maximina en la *Sonata de Estío* (1903).

¹⁴ YOUNG 2000, p. 30.

¹⁵ JIMÉNEZ 2006, p. 536.

¹⁶ YOUNG 2000, pp. 24-26.

b) Susana Almonte

Como se acaba de adelantar, hasta la llegada de Zenobia Juan Ramón nunca pudo resolver con garantías su psicomauquia entre la carne el y espíritu, entre el sexo y el amor y, precisamente en un periodo en el que el lado platónico parecía ganar la partida con Louise Grimm y un poco antes con Georgina Hübner, sucumbió de la forma más estrepitosa a una de esas tentaciones carnales. Su nombre era Susana Almonte. A comienzos de 1906, el muguereño había vuelto a su pueblo procedente de Madrid, donde había permanecido tratándose de sus problemas nerviosos desde finales de 1901 (había viajado antes a Moguer, en 1905, pero sólo de forma temporal¹⁷). Y al llegar comenzó a asistir a las reuniones sociales y musicales de Juan Ignacio Almonte, típico representante de la burguesía muguereña y dueño de una fábrica de anisados (la familia de Juan Ramón poseía negocios muy similares). Este empresario tenía tres hijas: Teresa, casada, y María Dolores y Susana, ambas solteras. Esta última, «una chica guapa, agradable y naturalmente coqueta, llamó su atención, aunque no era ella la que tocaba el piano»¹⁸. Este detalle del piano, que puede parecer nimio, es muy simbólico, ya que representa la poca profundidad cultural de Susana (y seguramente también espiritual), lo que probablemente fue la principal causa de que el apasionado idilio que mantuvieron en el verano de 1907 o 1908¹⁹ fuera sólo eso, una aventura sin importancia (y basada únicamente en la atracción sexual), la cual, lejos de producirle al menos un placer consistente, lo sumió en un profundo arrepentimiento que tiene que ver con ese lado espiritual de su debate interior ya mencionado. Por eso, los tres poemas de *Libros de amor* que Juan Ramón dedicó a Susana Almonte están llenos de hastío y renuncia por una relación meramente física («fea», palabra que utilizaría para una relación anterior similar), tal y como se puede apreciar en el nº 58²⁰:

Nada faltaba ya. Tus más hondos secretos
naufugaron cien veces entre mis locos brazos.

¹⁷ BLASCO y PIEDRA 2006, p. 102.

¹⁸ PALAU 1974, p. 403.

¹⁹ JIMÉNEZ 2007, p. 38.

²⁰ JIMÉNEZ 2007, p. 129.

No tuve que pedirte, y tú me dabas más...
el sol doró tus más recónditos encantos...

Era ya más allá del placer. Era un triste
hastío que quería renovar lo gastado...
las ideas venían en ayuda del cuerpo,
el tiempo nos sobraba... ¡Fuiste novela, cuadro,
escultura, hasta música!
— ¿Te acuerdas? Mientras, casta,
tu hermana despertaba a Chopin en el piano...
Dijiste: anda..., y te dije: deja: no puede ser...
y sí podía ser... pero te tuve asco...

c) Georgina Hubner

Una vez que hemos terminado con la Luisa Grimm de Juan Ramón y la lasciva excepción de Susana Almonte, retrocedamos un poco más en el tiempo para encontrarnos con el «siguiente» hito amoroso del poeta (evidentemente, para hablar con propiedad, deberíamos utilizar el adjetivo «anterior», pero me tomaré esa licencia). Ahora tenemos que hablar de Georgina Hübner, cuya historia con nuestro poeta es, cuando menos, singular.

Todo comenzó el 6 de mayo de 1904, cuando Juan Ramón recibió una carta con remite en Lima (Perú), y firmada por una tal Georgina Hübner²¹. En ella, se declaraba admiradora suya y se atrevía a pedirle el envío de un ejemplar de su último libro, *Arias tristes* (1903), del que decía que era imposible de conseguir en su país. Muy amablemente, el mogueño le mandó el libro y se ofreció a seguir haciendo lo mismo con los que publicase en adelante. La respuesta de Georgina, de veinte años, fue en tono amable, halagador e insinuante, y, lo que es más importante, al igual que ocurriera poco después con Louise Grimm, demostraba ser una chica inteligente y con juicio crítico en cuestiones literarias. Esto dio pie a que Juan Ramón se entusiasmara y a que se estableciera entre ellos una relación postal que duró meses (unas treinta cartas, como mínimo, mandó el escritor onubense). Como afirmaba Palau, estas cartas revelan a «una mujer comprensiva, romántica, sensitiva, capaz de despertar la admiración y el amor del poeta;

²¹ Sigo a PALAU 1974, pp. 296-303.

sus palabras oscilaban entre el apasionamiento y la discreción, en un sagaz juego femenino destinado a mantener vivo el interés del poeta. (...) Georgina era la mujer diferente que siempre llamó la atención del poeta, desde la infancia»²² (como Grimm y después Zenobia). Se intercambiaron elogios, confidencias, sentimientos hasta retratos (costumbre muy de la época, como se ha visto), y Juan Ramón terminó perdidamente enamorado de ella, declarando en algunas cartas que o bien ella podía venir a visitarle a España o él podría desplazarse a Lima: («¿Para qué esperar más? Tomaré el primer barco, el más rápido, el que me lleva [sic] a su lado. No me escriba más. Me lo dirá usted personalmente, sentados los dos, frente al mar, o entre el aroma de su jardín con pájaros y luna»)²³.

Desgraciadamente, todo esto quedó en nada, porque un buen día de 1904 o 1905, a Juan Ramón le llegó por mediación del cónsul de Perú en España el siguiente telegrama: «Georgina Hübner ha muerto. Rogámosle comunicar la noticia a Juan Ramón Jiménez. Nuestro pésame»²⁴. Esto fue un mazazo para Juan Ramón, quien compuso un bello poema sobre el tema en el que incluso se reproducen a modo de encabezamiento algunos pequeños fragmentos de las cartas enviadas por Georgina. Esto no es de extrañar, puesto que la poesía juanramoniana siempre ha tenido un sólido fundamento autobiográfico que la crítica ha señalado con mayor o menor acierto. De hecho, algunos de sus poemas menos evidentemente biográficos han sido interpretados correctamente de forma tardía porque faltaban esas coordenadas vitales necesarias para su total comprensión, especialmente en la temática amorosa que hoy nos ocupa. Veamos una parte de este largo poema incluido en *Laberinto* y titulado «Carta a Georgina Hübner. En el cielo de Lima»²⁵:

²² PALAU 1974, pp. 299-300.

²³ PALAU 1974, p. 300. Palau tomaba estos fragmentos de las cartas juanramonianas del libro de Ramiro W. Mata, *La Generación del 98*, Ediciones Liceo, Uruguay, 1947. Hemos de entender que, salvo la primera carta enviada a Georgina por Juan Ramón, del 6 de mayo de 1904 y publicada por Alegre en el *Epistolario I* (JIMÉNEZ 2006, p. 138), los originales de las demás se han perdido y sólo nos quedan los párrafos transcritos por Mata.

²⁴ PALAU 1974, p. 300.

²⁵ JIMÉNEZ 2005, pp. 1289-1291.

El cónsul del Perú me lo dice: «Georgina
Hübner ha muerto...»
¡Has muerto! ¿Por qué?, ¿cómo?, ¿qué día?
¿Cuál oro, al despedirte de mi vida, un ocaso,
iba a rosar la maravilla de tus manos
cruzadas dulcemente, sobre el parado pecho,
como dos lirios malva de amor y sentimiento?

...Ya tu espalda ha sentido el ataúd blanco,
tus muslos están ya para siempre cerrados,
en el tierno verdor de tu reciente fosa
el sol poniente inflamará los chuparrosas...

Ya está más fría y solitaria La Punta
que cuando tú la viste, huyendo de la tumba,
aquellas tardes en que tu ilusión me dijo:
«¡Cuánto he pensado en usted, amigo mío!...»
(...)

Ahora, el barco en que iré, una tarde, a buscarte,
no saldrá de este puerto, ni surcará los mares;
irá por lo infinito, con la proa hacia arriba,
buscando, como un ángel, una excelente isla...
¡Oh, Georgina, Georgina!, ¡qué cosas!..., mis libros
los tendrás en el cielo, y ya le habrás leído
a Dios algunos versos...; tú hollarás el poniente
en que mis pensamientos dramáticos se mueren...;
desde ahí, tú sabrás que esto no vale nada,
que, salvando el amor, lo demás son palabras...
(...)

El cónsul del Perú me lo dice: «Georgina
Hübner ha muerto...»
Has muerto. Estás, sin alma, en Lima,
Abriendo rosas blancas debajo de la tierra...
Y si en ninguna parte nuestros brazos se encuentran,
¿qué niño idiota, hijo del odio y del dolor,
hizo el mundo, jugando con pompas de jabón?

¿Y fin? Nada más lejos de la realidad..., literalmente hablando,
ya que fue todo una farsa. Esta gran mentira, de no haber sido
precisamente por la existencia del poema citado, hubiera quedado
en el olvido y Juan Ramón ni se hubiera enterado (ni nosotros,
claro), pero la publicación del mismo unos ocho años más tarde,
debilitó la discreción de los autores de la broma allá en Lima.
 Toda la correspondencia había sido inventada por unos escritores

peruanos que, efectivamente, querían hacerse a toda cosa con un ejemplar de *Arias tristes*, entre ellos José Gálvez Barrechenea y Carlos Rodríguez Hübner, quienes, con la ayuda de la prima de éste, la célebre Georgina, tejieron el engaño. Ella prestó su nombre pero, según declararon posteriormente los timadores-admiradores, no escribió una palabra, algo sobre lo que duda Palau, que veía claramente una mano femenina en muchas de las frases de las cartas, aunque no en los juicios críticos sobre literatura, que encajan perfectamente con el criterio técnico de un escritor. Al recibir en la primera respuesta la promesa del envío de más libros, los suplantadores decidieron continuar de forma maliciosa con el fraude hasta que Juan Ramón manifestó su disposición de viajar a Lima, lo que les produjo una gran inquietud y finalmente decidieron «matar» a Georgina.

¿Cómo se lo tomó nuestro poeta? Palau desde luego no lo comentaba, sólo se me ocurre que por respeto a Juan Ramón. Ella realizó su pionera e importantísima investigación sobre la *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez* (1974; 1ª ed. 1957) en permanente contacto con Zenobia y el poeta en su exilio americano, en la ciudad norteamericana de Maryland, en la década de 1940. La íntima amistad que, con sus 21 años, desarrolló con el matrimonio debe de estar en las razones de que, por convencimiento propio o sugerencia del propio Juan Ramón, no nombrase las reacciones de éste al conocer la curiosa trama. Sin embargo, él mismo habló un par de veces a su secretario personal y gran amigo Juan Guerrero Ruiz, y lo sabemos porque sus conversaciones fueron recogidas en los dos tomos de *Juan Ramón de viva voz* (1998; 1ª ed. 1961). Aunque desde luego todo apunta a que, efectivamente era un asunto espinoso, porque en la primera vez que se nombra a Georgina en esta obra Guerrero no se atrevía a comentarle nada y decía para sí: «Al azar me muestra uno de éstos, *Laberinto*, y entre las correcciones que advierto al rápido pasar de las hojas veo tachado el nombre de Georgina Hübner, en la carta que el poeta le dirigió al cielo de Lima [el poema que acabamos de leer]. — (¿Habría llegado a conocimiento de Juan Ramón la historia que circuló entonces respecto de la falsa existencia de Georgina Hübner?)»²⁶. Esta conversación es del 27 de marzo de 1931, pero

²⁶ GUERRERO 1998, p. 190.

uno poco más tarde, el 4 de junio de este mismo año, ya sería el propio Juan Ramón quien sacara el tema, pero para desacreditar la farsa, ya que él seguía pensando que las cartas las escribió Georgina: «Ya sabe usted —[comentaba el mogueño mientras ordenaban sus cartas]— que esta correspondencia había sido una broma que me gastaron varios escritores de Lima; vea usted esta carta y comprenderá por su acento que eso no es posible, que la carta es verdad»²⁷. Lo afirmaba por el acento de mujer, por el tono femenino, claro está, lo cual encaja en parte con las reflexiones de Palau que, en mi opinión, acertaba bastante más, ya que, sin descartar una mayor intervención de Georgina daba crédito a la broma de mal gusto que urdieron sus amigos. Esto último lo apartaba Juan Ramón de sus pensamientos, probablemente por orgullo consciente o inconsciente, ampliando la participación de Georgina, la cual no fue tan grande como él pretendía, pero parece ser que tampoco tan nimia como quisieron hacer entender su primo y José Gálvez, quienes se esforzaron en encubrirla y protegerla debido a su juventud.

Aunque también es cierto que, ya muy mayor, el mogueño exiliado llegaba a admitir que, aunque fuera todo un invento, él lo disfrutó igualmente. Así queda claro en un texto inédito que rescató Alegre en la edición de su *Epistolario I*. La nota es de sus últimos años y pertenece a un proyecto de libro titulado *Vida*: «Sea como sea yo he amado a Georgina Hübner, ella llenó una época de vacío mía, y para mí ha existido tanto como si hubiera existido. Gracias, pues, a quien la inventara».²⁸

2. AMADAS IMPOSIBLES: LAS NOVICIAS DEL SANATORIO DEL ROSARIO

Pero abandonemos este rocambolesco amor y retrocedamos hasta principios o mediados de octubre de 1901, ya que fue entonces cuando Juan Ramón ingresó en el Sanatorio del Rosario, «situado en el número 14 de la calle Príncipe de Vergara, en aquel entonces

²⁷ GUERRERO 1998, pp. 263-264.

²⁸ JIMÉNEZ 2006, p. 593.

a las afueras de Madrid»²⁹. Como veremos más tarde, desde la muerte de su padre, el escritor onubense había desarrollado unos importantes problemas nerviosos para lo cual vino a tratarse a Madrid, en lo que sería su segunda visita a la capital después de la breve que realizó en abril de 1900.

Afortunadamente para el melancólico poeta —siempre agradecido a la compañía femenina—, el sanatorio estaba atendido por las monjas y novicias de la Congregación de Santa Ana. No tardó mucho el joven y romántico escritor de casi veinte años en entablar amistad con las novicias más jóvenes y aun más, porque también pronto comenzó a sentirse atraído por ellas, a quienes galanteaba sin reparos. Llegó a flirtear con un buen número de hermanas: Manuela, Andrea, Amalia, Filomena, Ángela y dos de nombre Pilar. En las prosas del «Sanatorio del Retraído»³⁰, que era como llamaba irónicamente al lugar el poeta en su propio honor, hay más de una alusión a sus flirteos, como en la titulada «Las niñas»³¹:

Eran las hermanas más jóvenes. La hermana Pilar Ruberte, la hermana Filomena y la hermana Amalia Murillo. Yo les traía golosinas que ellas, aunque les estaba prohibido, se comían alrededor de mi estufa. Cuando había tormenta venían gritando a mi cuarto. Me vestían de monja una escoba y me la ponían sentada en el sofá, y una fotografía que tenía yo, encima de la chimenea, de una amiga francesa, me la encontraba, puesta por ellas, arrojada, en mi cama, sobre mi almohada. La verdad es que lo pasábamos tan bien las tres y yo. Jugábamos por los pasillos, en verano sobre todo, cuando no había enfermos.

No obstante, con las dos novicias con quien más intimó fueron la hermana Pilar Ruberte y la hermana Amalia Murillo.

²⁹ Sigo aquí a Expósito, de quien es la cita (JIMÉNEZ 2007, pp. 27-33), y a Prat, en su imprescindible libro *El muchacho despatriado* (PRAT 1986, pp. 233-236); aunque Palau también hablaba de ello en el capítulo VII de su libro *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez* (1974).

³⁰ Es una sección de *La colina de los chopos*, libro inédito publicado por Francisco Garfías en *Libros de prosa 1* (JIMÉNEZ 1969).

³¹ JIMÉNEZ 1969, p. 500.

a) La hermana Pilar

La primera había nacido en Zaragoza en 1881 y había tomado los hábitos en 1900. En 1912 fue destinada a Venezuela, muriendo en 1971. La joven coetánea llamó la atención de Juan Ramón nada más pisar el centro de salud. Así lo expresó con el paso de los años en la cuarta prosa del «Sanatorio del Retraído», titulada en su honor «Mi Venus de Milo»: «Desde luego había otras. Pero yo no encontraba otra que la hermana Pilar. Desde el primer día me pareció un mármol de museo ablandado y calentado por mí. Daba al Sanatorio un aire clásico de jardín superior. Sus ojos eran tan negros como blanca su frente. Gran parte de mi romanticismo en esta época viene de la clásicamente romántica hermana Pilar»³²; y un poco antes, en la prosa tercera, «El salón», decía: «[N]os quedamos solos la hermana Pilar y yo, y recuerdo su presencia de Venus de Milo: clara, transparente, como resurgida de la espuma de algún sueño»³³. Fue su preferida en esta época y, de hecho, le dedicó la tercera parte de *Arias tristes* (1903), «Recuerdos sentimentales», «A Sor María del Pilar de Jesús».

b) La hermana Amalia

No obstante, la relación con la hermana Amalia llegó a ser más importante, no porque superara en el nivel de los sentimientos del poeta hacia su compañera, sino porque terminó convirtiéndose en la más problemática y la que a la postre dio más qué hablar. La hermana Amalia Murillo Arín murió en Barcelona en 1921 y había nacido en Sariñena (Huesca) en 1873, por lo que era casi una década mayor que Juan Ramón. No sabemos si esto influyó o si fue por descuido o despiste o puro azar, pero la cuestión es que la relación «amorosa» entre el poeta y la hermana Amalia llegó a los oídos de la madre superiora, quien decidió, para evitar males mayores, trasladar a la joven monja y, posteriormente, «invitar» a Juan Ramón a abandonar sus instalaciones. Parece ser que durante un tiempo este episodio se convirtió en cotilleo de la *high class* madrileña y que incluso le perseguiría al moguerense años después, ya que la madre de Zenobia lo llegó a utilizar como uno de sus

³² JIMÉNEZ 1969, p. 902.

³³ JIMÉNEZ 1969, p. 901.

argumentos para desestimarle como un buen partido para su hija. El último poema de *Arias tristes*, el LXXVI³⁴, describe precisamente el momento en que la hermana Amalia abandonaba el sanatorio:

Su carita blanca y triste
llena de amor y de ensueño,
se perdía entre la sombra
que arrojaba el manto negro.

El manto negro envolvía
el misterio de su cuerpo
de nardo y nieve, enterrado
como si ya estuviera muerto.
(...)

La toca blanca, y más blanca
la carita...; quiso el cielo
dejar ver solo lo blanco
de su frente y de su pecho!

Pasó a mi lado; sus ojos
a mi corazón hirieron...
y yo me quedé en el mundo
y ella se fue hacia el convento.
(...)

y al pensar que no serían
nunca míos sus secretos,
en vez de seguir mirándola
bajé los ojos al suelo.

Parece mentira! Al irse
no me dio siquiera un beso;
¡cómo matan a las rosas
la azucena y el incienso!

Mi corazón me lo ha dicho:
ella me miró un momento;
pero se fue... para siempre...,
y ya nunca nos veremos.

Sin embargo, como cuenta Prat después de consultar un escrito inédito del Archivo de Puerto Rico fechado en 1951 o 1952, Juan

³⁴ JIMÉNEZ 2005, p. 260.

Ramón daría su particular versión de los hechos, en la que, por supuesto, el amor seguiría siendo el protagonista pero más. En aquella época de su exilio americano intentó ingresar sin éxito en un hospital puertorriqueño³⁵:

El doctor Roldán, director del Auxilio Mutuo, dijo a los que quisieron internarme en dicha clínica que no quería porque cuando yo estuve en Madrid, en el Sanatorio del Rosario, cuando él con sus 26 años era el director y yo el enfermo melancólico, yo le hacía el amor a las hermanas. El hecho era así. La Madre superiora, con gran escándalo de la comunidad, se enamoró de mí y venía constantemente a mis habitaciones (un dormitorio y una salita). Las hermanas jóvenes, que eran las que a mí me gustaban (y yo a ellas) nos burlábamos de la madre cincuentona. Entonces ella indignada expulsó a una hermana Amalia, de 20 años como yo. Las otras eran las hermanas Pilar, a quien yo le dediqué una parte de Arias tristes, la hermana Andrea y la hermana Filomena a quien perseguía el doctor Roldán. Y después, la madre me expulsó a mí, sin atreverse a aparecer en mi despedida a la que vinieron todas [...] menos ellas. Y todas lloraban y yo también.

De cualquier modo, las declaraciones posteriores de Juan Ramón, sobre todo las de edad adulta y senectud, hay que tomarlas siempre con cautela. La lógica fragilidad de la memoria y más aun el afán de literaturizador que tuvo siempre a la hora de hablar de su vida arrojan ciertas inexactitudes o medias verdades que ya constituyen un tópico a la hora de hablar de la biografía juanramoniana (sin ir más lejos, en este mismo párrafo podemos comprobar un error evidente: no era la hermana Amalia la que tenía 20 años, sino su compañera Pilar). En mi libro *Juan Ramón Jiménez, 1881-1900. Una biografía literaria* explico esta cuestión³⁶. Y dicho esto, también hay que afirmar sin reparos que Juan Ramón siempre fue un gran conquistador con las mujeres y, aunque el episodio haya podido exagerarse un poco, no ha de extrañarnos que la Madre superiora se enamorara de él. El escritor onubense siempre tuvo un atractivo especial para las mujeres, incluso en su edad más

³⁵ PRAT 1986, p. 235.

³⁶ MARTÍN 2007, pp. 40-42.

madura. De hecho, un episodio que ilustra esto perfectamente y que nos queda fuera de época para el presente trabajo es el de la escultora Marga Gil Roësset, una prometidora y joven escultora que había desarrollado una gran amistad con el matrimonio Jiménez, especialmente a raíz de que comenzara a frecuentar a diario su casa para realizar un busto de Zenobia. Lo que comenzó con una gran amistad, primero con Zenobia y después con Juan Ramón, terminó en un enamoramiento imposible y desesperado de la artista hacia éste, lo que la llevaría a suicidarse a finales de julio de 1932, cuando ella contaba con veinticuatro años y él con cincuenta y uno.³⁷

Y para terminar esta parte, me gustaría añadir que si Juan Ramón no pudo acceder carnalmente a ninguna de estas monjas amadas, debió de ser sobre todo por la resistencia última de las mismas, que probablemente invocarían a tiempo en sus mentes lo extraordinariamente escandaloso de sus posibles consecuencias, pues, como comprobaremos inmediatamente al hablar de sus aventuras francesas, en esos momentos el poeta se encontraba en el lado más lascivo de su controversia personal entre la carne y el espíritu. El poema nº 18 de *Libros de amor* —no sabemos si inspirado en Pilar o en Amalia— es una prueba evidente y muy gráfica de lo que estamos hablando³⁸:

Quando huía, en un vuelo de tocas trastornadas,
de la impetuosa voluntad de mi deseo,
se refugiaba en un rincón, como una gata...
pero sus uñas eran más dulces que mis besos...

Se le venía el velo hasta los ojos mágicos;
surgían leves rizos del cortado cabello,
rizos que descubrían un jardín imprevisto,
¡aquellos rizos de oro en los ojos inmensos!

Y en la proximidad ardiente del placer de su carne
me incendiaba el olor de todos sus secretos,
aquel olor más fuerte para mí... y para ella...
¡que el olor de los lirios y el olor del incienso!

³⁷ Vid. la conferencia de Antonio Portero Soro, “Marga Gil Roësset. Amor y desesperanza” (2000); y también el *ABC Cultural* (7-2-1997).

³⁸ JIMÉNEZ 2007, p. 87.

3. AMADAS POSIBLES: FRANCIA Y EL SEXO

Veamos qué ocurrió antes de estos amores monjiles. Cuando el mogueño llegó al Sanatorio del Rosario, venía directamente de Francia, más exactamente de Burdeos³⁹. Antes habíamos hablado de un Juan Ramón con problemas de salud. Es cierto que el agravamiento de los problemas nerviosos que se derivó de la muerte de su padre no fue tan complicado como él mismo se encargó de contar tras el paso de los años⁴⁰. Los sucesos que protagonizó a raíz de ello confirman este detalle, puesto que emprendió varios viajes a prestigiosos centros sanitarios, pero también es cierto que su condición en ellos, más que de enfermo ingresado, fue de visitante; y, de hecho, sus estancias fueron empleadas en menesteres mucho menos relajados que los que requería una estricta convalecencia, como acabamos de constatar en el caso del sanatorio madrileño.

De todas formas, es evidente que Juan Ramón estaba mal de salud a finales de 1900 y que tenía problemas nerviosos que empeoraron a lo largo de la primera mitad de 1901 de tal modo que su familia decidió mandarlo a un sanatorio mental de Burdeos (no sabemos si él influyó en tal decisión, pero es muy probable que no le desagradara nada emprender dicho viaje). No obstante, la crisis no debió de ser tan grave o al menos no fue motivada tanto por la muerte de su padre como por el hecho de tener que asumir todo el peso de los negocios familiares (eso sin entrar a valorar cuánto de la típica ‘pose modernista’ había en todo esto)⁴¹. Y la verdad es que su comportamiento en Burdeos parece corroborar esta línea interpretativa, puesto que el joven poeta, más que mostrar debilidad psíquica y física, exhibió una actividad amorosa y sexual impropia de un enfermo de cuidado.

a) Madame Lalanne

El 8 de mayo de 1901, Juan Ramón ingresó en la «Maison de Santé du Castel d’Andorte», en Le Bouscat (Burdeos, Gironde) y estuvo allí

³⁹ Para este apartado también sigo a Prat (PRAT 1986, pp. 63-135) y a Expósito (JIMÉNEZ 2007, pp. 20-26).

⁴⁰ Vid. MARTÍN 2007, pp. 320-321.

⁴¹ Vid. MARTÍN 2009, pp. 53-56.

hasta que finalizó el verano como mínimo, pero no lo hizo como un enfermo más sino que se albergó en una habitación de invitados de la residencia del doctor a cargo del sanatorio, el psiquiatra gascón Jean Gaston Lalanne, junto a éste, su esposa y sus tres hijos. Esto, lógicamente, refuerza lo que se ha dicho hasta aquí, pero lo hace más aún el hecho de que mantendría relaciones sexuales con la mujer de su psiquiatra, Jeanne-Marie Roussie, de veintinueve años, a la que llamaba en sus escritos «la romántica». Esta relación, perfectamente rastreable en su poesía, se mantuvo ignorada, o al menos poco señalada por la crítica, debido al esfuerzo lógico que hizo el poeta por encubrirlo para no ofender al doctor francés, a quien estaba muy agradecido por su ayuda.

Como decía Expósito, «no fueron estos encuentros fruto de un hermoso idilio, sino un relampaguear del deseo»⁴², esto es, que supuso una relación puramente sexual. De hecho, la sección segunda de *Libros de amor* se llama precisamente «Lo feo» por esto, ya que, como hemos señalado varias veces, para Juan Ramón la parte sexual del amor era, por un lado, muy apetecible y difícil de dominar para él, pero, por otro, suponía también una negación de su parte espiritual, la verdaderamente importante y aceptable desde el punto de vista moral. Desde que estudiara el bachillerato con los jesuitas, el moguereno se había debatido en esta psicomacquia interna que, como advertí, acababa de ser ganada momentáneamente para el lado carnal gracias la aceptación de las nuevas ideas modernistas, muy innovadoras en lo literario pero también muy abiertas al libre albedrío en cuestiones hedonistas (no olvidemos lo afín que es el Modernismo al concepto de bohemia). Esto ocurrió a finales de 1900, por lo que la estancia en Burdeos (un lugar además extranjero y, por tanto, en el que importaría mucho menos el «qué dirán») supuso el perfecto periodo de pruebas en el que experimentar su recién reconquistada libertad sexual. La relación con Madame Lalanne estuvo formada de encuentros «previamente concertados, apresurados y por supuesto siempre clandestinos»⁴³, a veces en el interior de la propia casa familiar, tal y como se aprecia en el poema nº 32 de *Libros de amor*⁴⁴:

⁴² JIMÉNEZ 2007, p. 22.

⁴³ JIMÉNEZ 2007, p. 22.

⁴⁴ JIMÉNEZ 2007, p. 103.

Nunca nos enfadábamos. ¡Para qué si no íbamos
tras el encanto dulce del amor verdadero!
Antes de los encuentros ya estaba preparada
la hora; todo era... aprovechar el tiempo.

A veces, un dolor oculto se asomaba
tristemente a los ojos locos, como queriendo
curiosear, igual que un niño, aquellas cosas
que hacíamos, en un olvido de lo eterno.

Pero como a los pobres niños, que cuando estorban
se quitan, con palabras engañosas, de en medio,
engañábamos, falsos, un dolor que quizás
hubiera, como un ángel, ¡perfumado lo feo!

b) Francina

Sin embargo, el adulterio con la señora Lalanne no fue la única aventura francesa de Juan Ramón. En muchos de sus poemas aparece el nombre «Francina». Éste fue el alias que el mogueño dio a Marie-Françoise Larrègle, una bearnesa de diecisiete años que trabajaba en el sanatorio como ayudante de cocina. Había nacido en 1884 en Oloron-Sainte Marie, entró en el servicio de la Maison de Santé en 1900 y lo abandonó en 1907 para casarse; tuvo tres hijos, fue viuda de guerra y murió en 1957⁴⁵. Expósito la describe como «una joven dulce y risueña de bellos ojos negros, de finos rizos y de piel muy blanca que se citaba por las noches con Juan Ramón en un oculto sendero del sanatorio de Castel d'Andorte»⁴⁶. Aunque con ella existieran sentimientos amorosos complementarios (no como en el caso anterior), es de suponer que también mantuvo relaciones sexuales con Francina⁴⁷. No olvidemos que en aquella época, si era sumamente difícil que una señorita de clase media-alta tuviera sexo antes del matrimonio, no tenía por qué ocurrir lo mismo con el personal de servicio y sus amos. Son abundantes las señales evidentes de Francina en la poesía juanramoniana, como ocurre con la tercera parte de *Poemas mágicos y dolientes* (escrito en 1909, publicado en 1911), titulada «Francina en el jardín», o con

⁴⁵ PRAT 1986, pp. 127-128.

⁴⁶ JIMÉNEZ 2007, p. 22.

⁴⁷ Prat especulaba hasta qué grado de consumación llegaron estas relaciones sexuales en su libro citado (PRAT 1986, p. 123).

la primera parte de *Pastorales* (escrito en 1905, publicado en 1911), dedicada «A/ Francina/ carne blanca, ojos bellos,/ finos rizos». Podemos ver los preliminares de este proceso en el siguiente poema de *Jardines lejanos*⁴⁸:

Francina, en la primavera
tienes la boca más roja?
—La primavera me pone
Siempre más roja la boca.

—Es que besas más, o es
que las rosas te arrebolan?
—Yo no sé si es mal de besos
o si es dolencia de rosas.

Y, te gustan más los labios
o las rosas? —Qué me importa?...
La rosa me sabe a beso,
el beso a beso y a rosa.

Entonces le puse un beso
en la rosa de su boca...
La tarde de abril moría,
rosamente melancólica;

las fuentes iban al cielo
con su plata temblorosa...
Francina deshojó a besos
Su boca sobre mi boca.

Y en este otro ejemplo de *Libros de amor*, el nº 8, la evocación es incluso más erótica⁴⁹:

Otra vez más retornas, Francina, del pasado
toda desnuda y fresca, bella como la vida,
con la brisa en los rizos, con tus ojos risueños
sobre el carmín sensual de tu boca de guinda.

Aquellos brazos tuyos saliendo del jardín
verde, se enredan a mis negras fantasías
como si en el recuerdo te acordaras de mí
desde la paz de idilio de tu aldea tranquila...

⁴⁸ JIMÉNEZ 2005, pp. 346-347.

⁴⁹ JIMÉNEZ 2007, p. 77.

¿Te acuerdas? Fue una tarde de estío... Vino un coche
y tú, con tu bonete rojo, con tu sombrilla
abierta, te alejaste entre el verdor, rosado
del sol poniente que, entre los jardines, caía.

c) Filomena Ventura

Pero la actividad amorosa durante el verano francés de 1901 no se quedó en estas dos mujeres. A los pocos días de ingresar, el poeta visitó junto a su psiquiatra la bahía de Arcachon, localidad en la costa atlántica del sur de Francia famosa por sus balnearios-hospitales. A raíz de esta visita parece ser que entabló contacto postal con Filomena Ventura, joven de su misma edad, nacida en Toulouse de padres españoles. En esta ocasión la relación no pasó del intercambio de cartas, libros y fotografías, pero eso fue así probablemente porque el moguereño no tuvo oportunidad, pues acabamos de comprobar cómo disfrutaba de un alto grado de desinhibición durante su estancia francesa. En realidad, ni siquiera llegaron a conocerse en persona y parece ser que les presentó postalmente un amigo común, el escritor madrileño Viriato Díaz Pérez, y en su descargo hay que apuntar que los sentimientos que desarrolló por Filomena eran mucho más puros que los anteriormente descritos, puesto que Juan Ramón se dejó conmovir sobre todo por el drama personal de Filomena, quien tenía en Arcachon a un novio irlandés que estaba agonizando por la tuberculosis⁵⁰. No se ha encontrado ninguna alusión clara en sus poemas, pero sí la dedicatoria, inspirada en un retrato de la chica, de una de las partes de *Melancolía* (escrito en 1910-11, publicado en 1912): «*Tenebrae: A/ Filomena Ventura/ que, en su opulencia morena/ y triste,/ me evoca la “melancolía”/ de Arnold Böcklin*».

⁵⁰ En realidad los expertos no se ponen de acuerdo sobre si Juan Ramón llegó a conocer personalmente a Filomena en Arcachon. Palau por ejemplo piensa que sí (PALAU 1974, p. 167), lo cual, por otra parte no deja de ser una opción bastante lógica. Lo que sí queda claro, por los documentos conservados en el Archivo Histórico Nacional y en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de Puerto Rico, es que se escribieron al menos hasta 1908.

d) Marthe y Denise Lalanne

Y antes de seguir retrocediendo en nuestro particular viaje en el tiempo juanramoniano, repasemos brevemente esa atracción morbosa que tuvo Juan Ramón hacia las hijas de la señora Lalanne durante su estancia bordelesa, la cual, como ya adelanté antes, tenía mucho más de pose modernista que de perversión sexual. Pero la cuestión es que los testimonios de esta dedicación a Marthe, de casi siete años, y a Denise, de apenas tres, existen y son muy claros, y así se observa en este poema nº 3 de *Libros de amor* dedicado a la mayor de las hermanas (a quien además dedicó la segunda parte de *Melancolía*, «El alma encendida», «Pensando en Marthe Lalanne»)⁵¹:

¿Te acuerdas, Marthe? El oro verde de tu cabello
se te entraba en los ojos, irisado y romántico,
a la gran sombra dulce del sombrero de arroz,
que rusía en el sol su lazo colorado.

La sangre levantaba tu mejilla pecosa,
y en el fondo con pintas de tus ojos fantásticos,
se copiaba chiquito el jardín de tu padre,
con su rincón de exóticos pájaros enjaulados.

Un momento dejabas de ser niña. Tu cuerpo
traslucía otra alma con sol, momentáneo,
mientras abril, más lento, que venía a tu vida,
daba a tu carne, cada día, un nuevo encanto.

Mucho más llamativo es el tributo sensual y erótico que hizo Juan Ramón a la niña menor, y no me refiero a la dedicatoria que le consagró en la sección quinta de *Laberinto* («Sentimiento musicales», «A/ Denise/ que miraba de lado, doblando/ la cabeza,/ como las palomas»), sino al poema de *Rimas* (1901), «A una niña mientras duerme», el cual Prat contextualizó y analizó perfectamente⁵², advirtiendo que se fundamenta en una imagen real, ya que «[e]l doctor, o Madame Lalanne, llevaron a JRJ, una de las primeras noches de su estancia en «Castel de'Andorte», hasta la habitación

⁵¹ JIMÉNEZ 2007, p. 70.

⁵² Vid. PRAT 1986, pp. 93-101.

en la que dormía Denise y se la mostraron desnuda”⁵³. Veamos algunas estrofas de este largo poema sobre el que planea sobre todo un simbolismo muy modernista que conecta el elemento floral con el sexo y la virginidad⁵⁴:

Esá lumbre apacible que derrama la pura
suavidad de sus tintas en tu plácido sueño,
lleva un alma de rosas que deslíe su esencia
en la esencia que exhalan tus delirios serenos.
Sobre ti flota un algo de visión errabunda,
un efluvio virgíneo, ese vago misterio
de la niebla opalina de los lagos, la onda
perfumada que sube de un jazmín entreabierto.
(...)

Tu belleza infinita; la cascada de bucles
que en tu frente derraman los dorados cabellos;
el jardín de tu carne, saturado de rosas,
de jazmines, de nardos, de violetas; tu tierno
palpitar... ¡todo, todo para ti es una muerte!
(...)

Cuida, cuida el jardín virginal de tu alma;
con tus dedos de rosa abre flores de ensueño,
y perfuma los cálices de las flores nacientes
con la esencia que fluye de tu cándido aliento.

Si mis labios rozaran tus mejillas, serían
asesinos de dichas y de fe..., ¡no te beso!
¡Sueña cosas azules, sueña luces de plata,
sueña eternas auroras ante soles eternos!
¡Ojalá que más tarde, cuando mires marchitos
los jardines del mundo, lleves viva en el pecho
la nostalgia serena del jardín que ahora cuidas
con tu amor! ¡Ojalá, cuando mires que el cielo
no es azul solamente, puedas ir a tu alma
a arrancar ese lirio que hoy florece en tu sueño!

⁵³ PRAT 1986, p. 97.

⁵⁴ JIMÉNEZ 2005, pp. 35-36.

4. UNA AMADA DE TRANSICIÓN: ELOÍSA DE CÓRDOVA

Antes de desplazarse a Francia, la familia de Juan Ramón decidió que intentara mejorar de sus problemas nerviosos sin salir de España. Así, entre finales de agosto y principios de septiembre de 1900, el moguereno viajó junto a su madre y a su hermana Victoria hasta el balneario zaragozano de Alhama de Aragón, donde estuvo varias semanas. Las aguas termales de Alhama eran «muy recomendadas para el tratamiento tanto de las afecciones nerviosas periféricas (...) como para las manifestaciones de neurosis, especialmente en la neurastenia y en el “*surmenage*” o agotamiento por exceso de trabajo», decía un folleto publicitario de unos años más tarde⁵⁵. Sin embargo, ya en aquella corta estancia Juan Ramón dio indicios de tener fuerzas suficientes para otros empeños aparte del restablecimiento al flirtear con una tal Eloísa de Córdoba, extremeña, casada y aficionada a la literatura. Hizo amistad con la familia Córdoba y Córdoba (de Don Benito, Badajoz) y con algunos otros agüistas, como el diplomático portugués Francisco de Calheiros, pero fue Eloísa quien «*deslumbró* al joven poeta con su belleza y con su afición a las cosas literarias. (...) Eloísa y JRJ paseaban por los jardines próximos al Casino y por la senda que unía el balneario con la estación de ferrocarril. En cierta ocasión, mientras descansaban en uno de los bancos de piedra de una glorieta, Eloísa pidió a su amigo que “hiciera una canción a las niñas”»⁵⁶. Argumentaba Prat que no pudo estar dedicada a las hijas de Eloísa, puesto que ella tenía dos hijos varones y una sola niña, que quizá el motivo pudo estar en «algunas niñas presentes que les llamara la atención o quizá las niñas moguerenos que, sin duda, habrían aparecido en las confidencias de JRJ o en los poemas propios que éste recitara a su amiga»⁵⁷. El poema, titulado «Las niñas», terminaría apareciendo en *Rimas*, dedicado «A Eloísa de Córdoba», y, como ya advertí anteriormente, si leemos atentamente la pieza, comprobaremos que estamos ante una temprana muestra más de ese erotismo infantil modernista que acabaría desarrollando en breve durante su tratamiento en Burdeos:

⁵⁵ PRAT 1986, p. 228.

⁵⁶ PRAT 1986, pp. 228-229.

⁵⁷ PRAT 1986, p. 229.

Cuando llora la nieve postrera
y el almendro se viste de flores,
y, al preludio de la primavera,
entrebren los nuevos amores;

al epílogo azul del invierno,
que da el oro a las muertas campiñas,
del altísimo alcázar eterno
van bajando almas blancas de niñas.
(...)

¡Qué florezcan las carnes de niñas!,
y las almas que alegran la calma
del frescor de las verdes campiñas,
a las carnes darán flor de alma.

Me embriagan las niñas. Adoro
sus mejillas de nardo y violeta,
y en sus bucles de seda y oro
doy mi beso mejor de poeta.
(...)

Me embriagan las niñas. Semejan
florecentes abismos... Mi anhelo
es besar las estelas que dejan
cuando vuelan en paz hacia el cielo.

Me ha pedido una madre que cante
la canción de las niñas. ¡Quién fuera
el cantor que a los sueños pudiera
arrancar la canción más fragante!
(...)

«La amistad entre las familias Jiménez y de Córdoba [no olvidemos que Juan Ramón viajaba con su madre y su hermana Victoria] se afianzó durante los últimos días de estancia en Alhama de Aragón, y, juntas, viajaron a Zaragoza, donde visitaron el templo de Nuestra Señora del Pilar (...). Vueltos a Moguer y a Don Benito, respectivamente, JRJ y Eloísa sostuvieron una larga correspondencia en la que predominaron los asuntos poéticos»⁵⁸. Hemos de suponer que en esta ocasión la posible presencia del marido en el balneario y en la excursión subsiguiente (aunque Prat no la menciona) o, en su ausencia, sí al menos el acompañamiento

⁵⁸ PRAT 1986, pp. 228-231.

de la madre y la hermana de Juan Ramón, fueron elementos suficientemente disuasorios para que la relación entre ellos no llegase «a mayores».⁵⁹

Al volver a Moguer Juan Ramón decía postalmente esto a su amigo el escritor Timoteo Orbe: «Sin embargo, yo no debiera estudiar tanto. He contraído una anemia cerebral y de resulta de ella una neurastenia horrible. En Alhama de Aragón me he restablecido algo, aunque poco» (3-10-1900)⁶⁰. Durante los meses siguientes Juan Ramón estuvo encargándose de la gestión de sus dos primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, recientemente publicados (el 11 de septiembre de 1900), especialmente en lo relativo a intentar que sus jóvenes amigos escritores hablaran de ellos en la prensa de la época, ya que ambos habían sido acogidos en general con indiferencia o desdén. También se dedicó a escribir más poesía; de forma frenética, porque no sabía hacerlo de otra forma, y eso volvió a provocar un empeoramiento en sus problemas nerviosos. Uno de sus mejores amigos por aquel entonces, el poeta almeriense Francisco Villaespesa, escribía esto a Rubén Darío a principios de 1901: «Jiménez continúa en Moguer, haciendo vida de solitario. ¡Lástima de poeta enfermo!»⁶¹. De hecho, su empeoramiento lo llevó, como acabamos de ver, hasta el Sanatorio de Burdeos,

⁵⁹ Eloísa de Córdoba Gutiérrez nació en Enciso (Logroño) en 1879 o 1880. En fecha indeterminada quedó viuda de su marido, su primo hermano Ángel de Córdoba Tutor, originario de Olvega (Soria). Eloísa murió en Madrid en 1921 o 1922. Prat la convierte en musa del libro inédito juanramoniano *Besos de oro* (escrito entre 1900 y 1901), o al menos de varios poemas (PRAT 1986, pp. 230-231). Juan Ramón la recordaría con el paso de los años, al hablar casualmente sobre Don Benito, en una conversación con el escritor Francisco Valdés transcrita por Juan Guerrero (13-2-1934); éste contaba que «era una muchacha entonces de gran temperamento, muy inteligente, tal vez algo anormal, con genialidades; la trató en las termas, y luego las dos familias vinieron a Zaragoza, donde se vieron, conservando correspondencia literaria durante algún tiempo. Valdés dice que esta persona ha muerto ya y que en Don Benito tenía fama de ser persona de talento, pero algo extravagante» (GUERRERO 1998, vol. II, p. 152). Por otro lado, el poema «Las niñas» también fue publicado en la revista madrileña *Electra* (nº 2, 23-3-1901, p. 51), precisamente subtítulo como perteneciente a *Besos de oro* y dedicado también a Eloísa; también en la sevillana *La Quincena* (nº 1, 30-11-1900, p. 2), con la misma dedicatoria aunque sin tal subtítulo.

⁶⁰ JIMÉNEZ 2006, p. 74.

⁶¹ GUIRALDO 1943, pp. 90-91.

un episodio gracias a cuyo repaso hemos podido comprobar además que tampoco estaba tan mal. El propio poeta narró, un poco dramáticamente, toda esta época en un ya clásico artículo autobiográfico publicado en el número 8 de la revista *Renacimiento* (1907, pp. 422-426): «Mientras, me sentí muy enfermo y tuve que volver a mi casa; la muerte de mi padre inundó mi alma de una preocupación sombría; de pronto, una noche, sentí que me ahogaba y caí al suelo; este ataque se repitió en los siguientes días; tuve un profundo temor a una muerte repentina; sólo me tranquilizaba la presencia de un médico —qué paradoja!— Me llené de un misticismo inquieto y avasallador; fui a las procesiones, rompí todo un libro —“Besos de oro”— de versos profanos (?); y me llevaron al Sanatorio de Castel d’Andorte, en Le Bouscat, Bordeaux».

En realidad, la destrucción de aquel libro no fue tan evidente y, de hecho, muchos de sus poemas pasaron al libro que lo sustituyó, *Rimas*, el cual se forjó precisamente de forma mayoritaria en su estancia bordelesa. Y desde luego, la desestimación del mismo fue posterior al viaje de Alhama, ya que existe una carta de noviembre de 1900 a otro amigo suyo, el poeta malagueño José Sánchez Rodríguez, en el que Juan Ramón afirmaba seguir trabajando en *Besos de oro*.⁶²

Eloísa fue una especie de amada de transición hacia la desinhibición total de Francia, la cual se consiguió, como he advertido más de una vez, con el Modernismo. Antes de marchar a Alhama, aunque con problemas de salud, Juan Ramón seguía luchando por el movimiento desde Moguer, al igual que lo hiciera durante el casi mes y medio que estuvo en Madrid, viviendo de primera mano la recién planteada lucha modernista. La ruptura total con los medios y los modos de hacer literatura y arte del realismo del siglo XIX era la premisa principal. Adscrito a esta corriente cultural desde que se pusiera en contacto postal con Francisco Villaespesa y poco después con Rubén Darío a finales de 1899, Juan Ramón abrazó la manera de hacer poesía y la ilimitada libertad creadora e ideológica que proporcionaba el Modernismo en poemas como estos dos que voy a citar, aparecidos en su libro *Ninfetas* (1900) aunque publicados anteriormente en prensa, el primero en la revista madrileña *Relieves*

⁶² Vid. MARTÍN 2007, pp. 332-336.

(nº7, 3-5-1900, p. 2) y el segundo en la también madrileña *Vida Nueva* (nº 93, 18-3-1900, p. 3). A pesar de que en general los primeros poemas modernistas juanramonianos tienen menos trasfondo biográfico que el resto de su producción poética (el Modernismo, como el Romanticismo, era, al fin y al cabo, una huida desesperada de la realidad), quizá podríamos ver en estos versos basados en el tópico de la amada muerta (Poe, Bécquer, Ludwig Tieck, José Asunción Silva...⁶³) una alusión a Carmen Rasco, niña muerta de tuberculosis en Moguer cuando Juan Ramón era niño y de la que hablaré después. El primero se titula «Somnolenta»⁶⁴:

El Sol muerto derrama morados fulgores
inundando de nieblas la verde espesura...
Dulce ritmo armonioso de vaga amargura
me despierta... A mi lado se duermen las flores...

Taciturno prosigo mi senda de abrojos
y mis ojos contemplan la azul Lejanía...
Allá lejos..., muy lejos..., está mi Alegría,
en los míos clavando sus lívidos ojos...

¡Ah! ¡delirio! ¡delirio...! Al través de una rama
una Sombra adorada ligera se mueve;
una Sombra con cara de lirios y nieve,
que sus labios me ofrece y gimiendo me llama...

Y se aleja llorando con triste misterio...
Inundados de llanto mis ojos dormidos,
al recuerdo doliente de Amores perdidos,
tras la Sombra camino al fatal cementerio...

Pero más significativo para el tema que nos ocupa es el siguiente poema titulado «Marchita», que trata precisamente de la pérdida de la virginidad por parte de una joven —de forma no muy agradable, se intuye—, probablemente con ningún trasfondo autobiográfico, pero desde luego no puede descartarse que Juan Ramón viviera alguna situación de índole parecida⁶⁵:

⁶³ Vid. MARTÍN 2007, pp. 304-309.

⁶⁴ JIMÉNEZ 1964, pp. 1476-1477.

⁶⁵ JIMÉNEZ 1964, p. 1498.

A la oliente sombra del rosal de sangre, del rosal florido,
muerta su inocencia, muerta la fragancia de su frente pura,
llora sin consuelo la pálida niña por su amor perdido,
llora abandonada, con ardiente llanto de inmensa amargura.

El gemido horrible, el gemido fúnebre de su pecho herido
halla frío sepulcro en la helada calma de la noche oscura,
sin que allá a los lejos tenga un eco mágico en otro gemido,
sin besar el alma que su alma loca busca con ternura...

¡Pobre niña pálida, pobre niña amante, pobre confiada
que en las negras garras de un amor ingrato quedó desflorada!
.....
...Ya el pesar la duerme..., y dormida ríe con blancos delirios...

Y llorando, el viento le da un dulce beso, un beso doliente,
y compadecido de la niña pálida, corona su frente
con guirnalda triste, triste y melancólica, de nevados lirios...

Aunque, si queremos leer algún poema verdaderamente significativo en cuanto a la libertad sexual que trajo al joven poeta onubense la forma de pensar modernista, sólo tenemos que echar otro vistazo a *Ninfeas*, el libro que publicó junto a *Almas de violeta* (menos modernista, más romántico y más sentimental que sensual, al contrario que *Ninfeas*), en el que podemos encontrar poemas tan evidentemente sexuales como «La canción de los besos» en la que habla de varios «tipos» de besos: un beso de oro que «era un Beso de amores virgíneos, /era un Beso de afusiones tiernas,/ que al salir de unos labios más fragantes y puros/ que una pura y fragante azucena/ buscando iba otros labios amantes/ al país de las Flores Eternas»; e inmediatamente después hace hablar a otro beso, un Beso de fuego, de esta manera⁶⁶:

«Salí de sus labios
en vapores de vino espumoso,
como nota de lasciva música,
como nota inflamada de anhelitos locos,
de carnales espasmos febriles,
de delirios furiosos...;
vengo envuelto en fragancias de Carne lasciva ,
vengo envuelto entre risas de orgiástico gozo...;

⁶⁶ JIMÉNEZ 1964, pp. 1467-1471.

a los Ayes, Gemidos y Trenos neuróticos,
que conmigo salieron
entre el ritmo carnal de sus pechos turgentes y mórbidos...;
y me muero, me muero y no encuentro
a los rojos hermanos que busco amoroso».
(...)

Aunque sea un comentario fácil, salta a la vista que, escribiendo estas cosas, parece no extrañar que hiciera aquellas otras allá en Francia.

BLOQUE II. JUAN RAMÓN Y EL AMOR ANTES DEL MODERNISMO

1. AMADAS Y AMANTES DE SEVILLA: ALGO DE AMOR EN ROSALINA Y ALGO DE VIDA POCO EDIFICANTE EN LAS NOCHES SEVILLANAS

Nuestro joven escritor viajó a Alhama una vez que hubo vuelto a Moguer desde Madrid, después de su famoso viaje de apenas mes y medio hasta la capital de España en abril de 1900. Hasta allí fue para conocer a Rubén Darío, Francisco Villaespesa y algunos otros jóvenes escritores que, como él, querían luchar en aras del recién llegado Modernismo⁶⁷. Como ya he comentado en más de una ocasión, la libertad ideológica que le proporcionó descubrir el nuevo movimiento modernista inclinó considerablemente su balanza moral hacia el lado del sexo y si Eloísa de Córdova no comprobó en sí misma este detalle, fue probablemente porque el acompañamiento de varias miembros de una y otra familia, pero también quizá porque había pasado demasiado poco tiempo desde que Juan Ramón recuperara su «libertad sexual» — si se me permite la expresión — y su pericia en este terreno no sería completamente desarrollada hasta la estancia en el sanatorio francés.

⁶⁷ MARTÍN 2007, pp. 281 y ss.

a) Amantes sevillanas desconocidas

Pero, ¿cómo fue el comportamiento amoroso de Juan Ramón antes de la llegada del Modernismo? Veámoslo⁶⁸. En el otoño de 1896, un jovencísimo bachiller, llamado «Juanito» por sus allegados y Jiménez Mantecón de apellidos, llegaba a Sevilla para estudiar Pintura y, en teoría, Derecho (hago esta objeción porque está probado por su expediente en la Universidad Literaria de Sevilla que sólo permaneció matriculado, y por libre, durante el curso 1898/1899, sin aprobar ninguna asignatura). El entonces futuro poeta venía del estricto y profundamente religioso ambiente del colegio jesuita de El Puerto de Santa María (Cádiz), donde, como veremos un poco más adelante, tuvo su origen esa psicomaquia entre el placer y el pecado de la que vengo hablando durante todo este trabajo sobre el amor juanramoniano. Obviamente, el lado que desarrolló allí fue el segundo de ellos, el del miedo y la obsesión por el pecado, especialmente «de la carne», como se decía antiguamente. Pero lo importante es que no venía directamente de allí, sino que antes había pasado todo un verano en la finca familiar de Fuentepiña, en Moguer. El ambiente amable y despreocupado del verano moguerense (incluidos también los asuntos amorosos) relajó la obsesión moral del bachiller adolescente, a lo cual se sumaba otro ambiente muy determinante: el de la gran ciudad que ya era Sevilla en aquella época. Y el factor último y definitivo que terminó de hacer olvidar momentáneamente la preocupación por el pecado fue su maestro de Pintura, Salvador Clemente.

Este gaditano pero sevillano de adopción se había ganado una sólida reputación artística en la ciudad del Guadalquivir como pintor de temas costumbristas y folclóricos y técnica colorista. No obstante su buen nombre como artista, parece ser que su taller también era muy conocido por las grandes juergas que organizaba el maestro de Pintura. Aunque el moguerense no terminó de fijar la residencia en Sevilla (pues alternaría frecuentes periodos en su pueblo), cuando estaba en la ciudad hispalense habitaba en una casa de huéspedes de la calle Gerona, cerca de la calle de las

⁶⁸ Para hablar de esto sigo mi libro *Juan Ramón Jiménez. 1881-1900* (MARTÍN 2007, pp. 69 y ss.).

Dueñas, donde tenía el taller Clemente. Esto, más todo lo dicho anteriormente, debió de influir en que Juan Ramón se entregara ampliamente al estilo de vida de su maestro. Jorge Urrutia fue el primero en llamar la atención sobre este aspecto en algunas publicaciones, como su artículo «La prehistoria poética de Juan Ramón Jiménez: confusiones y diferencias» (1991). Proponía como hipótesis un periodo especialmente activo, que estaba casi desconocido hasta que él lo estudió, en el que Juan Ramón pudo practicar “cierta bohemia señoril, con frecuentación de lugares de expansión sexual. Dado que, como parece, la familia Jiménez creía que los hermanos Eustaquio y Juan Ramón acudían a clases universitarias, y solo el mayor se matriculó realmente desde 1896, podemos pensar que muy distinto destino que el de sufragar tasas académicas tuvo el dinero paterno, en el caso del joven poeta”⁶⁹. Dicho autor afirmaba que hubo de acudir a este tipo de locales de esparcimiento, puesto que en su ficha médica, redactada el 7 de septiembre de 1901, precisamente por el doctor Gaston Lalanne en el sanatorio de Burdeos, se podía leer: «Se ha entregado a los placeres sexuales». Aseguraba Urrutia también que, por si el entorno del taller de su maestro no hubiera supuesto suficiente estímulo para tales visitas, los encuentros en Sevilla con su antiguo compañero de instituto en Cádiz y amigo el escritor Fernando Villalón, que tenía fama de mujeriego, pudieron haberle motivado igualmente para este tipo de actividades lúdicas. No obstante, el buen recuerdo que conservaría de Villalón en su madurez⁷⁰, en contraste con la evocación negativa de Clemente, parece apuntar a que fue este último, y no aquél, quien introdujo a Juan Ramón en tan poco edificantes prácticas.

Así se ve en este inédito titulado «Recuerdos»: «[L]a guitarra y las copas eran el ornamento de la tarde. Mi maestro apenas pintaba tampoco — y tenía talento, pero era un fracasado— (...) [C]reo que no seguí pintando porque el ambiente me mató la esperanza. Si en vez de ir a aquel estudio tropiezo con un gran maestro, quizá hoy sería un gran pintor»⁷¹. La carta que escribió Francisco Hernández-

⁶⁹ URRUTIA 1991, pp. 43-44.

⁷⁰ Vid. JIMÉNEZ 1961, pp. 79-88.

⁷¹ CRESPO 1999, p. 195.

Pinzón, sobrino del poeta, a Ángel Crespo sobre el tema también sugiere que la imagen que del pintor transmitió el poeta a su entorno más próximo no fue muy buena: «Los grandes cuadros que Clemente tenía en proyecto para concurrir a los más prestigiosos premios, le entusiasmaban a Juan Ramón y le hacían admirar a su maestro; pero éste nunca los iniciaba. La realidad era bien diferente: Clemente se dedicaba a pintar gitanas y toreros para los turistas ingleses; en el estudio se organizaban frecuentes juergas entre modelos y amigos que acudían». ⁷²

Volviendo a la ficha del sanatorio de Burdeos, en realidad, en algo en lo que no cayó Urrutia es que la fecha en que firmó el doctor francés la ficha mencionada podría superar cronológicamente los encuentros sexuales de Juan Ramón con su esposa, lo cual, por otro lado, no dejaría de ser una ironía realmente curiosa. Sin embargo, aunque no hay que descartar la posibilidad de que el mogueño perdiera su virginidad con Madame Lalanne, yo me inclino más a pensar que fue en Sevilla con Salvador Clemente donde llegó a completarse tal iniciación. Primero, porque era una costumbre típica de la burguesía de la época, y así se evidencia en unas frases de una novela de entonces, *La Millona* (1902) de Juan Francisco Muñoz y Pabón, que dibuja perfectamente la Sevilla de la que se trata aquí y en la que, hablando de Frasco Guerra, un joven burgués sevillano de La Hondonada, se dice: «Este año se ha gastado en picos pardos el dinero del doctorado y se ha venido como se fue» ⁷³. Este caso paradigmático encaja además con el comportamiento académico del joven Juan Ramón. Y en segundo lugar y sobre todo, porque el final de este periodo de vida disoluta pudo verse reflejado en varios poemas suyos que publicó en la prensa hispalense.

Dicho final y el giro radical hacia el otro lado de la balanza moral tuvo lugar a finales de 1898 o principios de 1899, toda vez que el mogueño había por fin abandonado el magisterio de Clemente en el verano de 1898 y había entrado en contacto con un grupo de escritores sevillanos, reunidos en torno al veterano poeta José

⁷² CRESPO 1999, p. 32.

⁷³ MUÑOZ Y PABÓN 1902, p. 191.

Lamarque de Novoa, que estaba caracterizado por un fuerte fundamentalismo católico. Esta poderosa influencia no sólo tuvo el efecto de recuperar la obsesión moral de herencia jesuítica, sino que además supuso su definitivo despertar a la poesía, ya que su forma de redimir los pecados fue apartarse progresivamente de la pintura y comenzar a publicar en la prensa sevillana una serie de poemas de índole moral y religiosa (no había escrito poesía precisamente desde que estudiara en El Puerto de Santa María). Esto fue algo que no gustó a sus antiguos compañeros de juerga y así se aprecia claramente en el soneto titulado «A varios ¿amigos?», aparecido en el diario sevillano *El Programa* el 2 de marzo de 1899 (p. 4), tan importante para él como símbolo del punto de inflexión que había marcado en su vida que lo volvería a publicar unos meses después en *Vida Nueva* (nº 56, 2-7-1899, p. 2), curiosamente poco antes de que se librara de dicha influencia moral gracias al Modernismo:

Vosotros que tenéis los corazones
podridos del placer y de la orgía,
y que pasáis un día y otro día
entregados al ocio y las pasiones,

sin conciencia, ni dignas ambiciones,
y sin fe, que es la luz que el alma guía,
¿impíos os burlasteis de la mía,
porque alentaba ensueños e ilusiones?

Semejáis charca inmóvil, cenagosa;
yo, soy torrente de agua impetuosa,
y vuestro vil escarnio no me inquieta;

¡infelices! os miro con desprecio...
¡Superior a vosotros yo me aprecio
tan sólo con soñar en ser poeta!

b) Rosalina Brau

Pero antes de que el inquieto estudiante de Pintura intimara con aquellas amantes eventuales de las noches de juerga sevillanas, estuvo cortejando a la que siempre consideró su segunda novia: Rosalina Brau (de la primera sabremos en breve). Según su vaivén moral, lo más lógico sería que este cortejo tuviera lugar antes de esas juergas, pero tampoco se puede descartar que fuera simultáneo, ya que no poseemos una fecha aproximada del inicio

de la vida disoluta juanramoniana, pero sí del fin de la relación con Rosalina: principios de 1897. Lo ideal sería situar las primeras juergas del joven moguerense tras la marcha de su segunda novia, y desde luego encajaría perfectamente, pero no existen pruebas de tal concatenación.

Antes de continuar hablando de Rosalina, hay que advertir que ésta, ya de mayor, «insistía en que no había sido novia de él en el sentido estricto de la palabra; decía que Juan Ramón “se había enamorado de ella a lo adivino” y “le había dedicado unos versos”»⁷⁴. También es cierto que estas palabras, sacadas de un reportaje de su sobrino, E. Ramírez Brau, titulado “Aclara noviazgo de Juan Ramón” (*El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 7-1-1958), son al mismo tiempo una evidencia de que dicha relación, fuera de la naturaleza que fuese, existió. Por lo que contaba Palau, Rosalina era «hija de un Cronista Oficial de la Isla de Puerto Rico que estaba documentándose en el Archivo de Indias, Salvador Brau Asencio, hijo de españoles, romántico escritor de obras dramáticas con temas de costumbres, de aventuras y episodios históricos»⁷⁵. Fue desde luego una relación breve, puesto que la familia Brau, efectivamente, abandonó España de regreso a Puerto Rico a principios de 1897, según narra la introducción a un libro escrito por su cabeza de familia: *Disquisiciones sociológicas y otros ensayos*. Juan Ramón hablaba de este «noviazgo» de pasada en la prosa LXXIV de *Platero y yo*, «Sarito»⁷⁶; y en su libro *Por el cristal amarillo*, en la prosa titulada precisamente «Rosalina», lo hacía de una forma mucho más extensa y emocionada, aunque probablemente exagerada⁷⁷:

¡Cuánto me ha pesado después haber consentido que rompiera aquellas cartas! De ellas quedan en mí frases

⁷⁴ PALAU 1974, p. 79.

⁷⁵ PALAU 1974, pp. 78-80.

⁷⁶ JIMÉNEZ 1988, p. 173.

⁷⁷ JIMÉNEZ 1969, p. 1214. Con la hermana de Rosalina, Graciela, también tuvo muy buena relación y seguramente algo de enamoramiento, tal y como indica el hecho de que le dedicara «Tesoro», la segunda parte de *Laberinto*, de este modo: «A Graciela, la hermana mayor de Rosalina, que me quería tanto ¡o más! que ella». Palau también habla de la dedicatoria a Rosalina en algún lugar de *Pastorales*, pero no parece existir; quizá se refiera a alguna dedicatoria manuscrita de un ejemplar del mismo (vid. PALAU 1974, pp. 79-80).

imborrables que yo entonces, que era un niño, no comprendía, pero ahora cobran un sentido profundo, lleno de pasión y de voluptuosidad. Hay una que me persigue obsesionante y forma como un remordimiento: «Tú no puedes figurarte como quiere una criolla». Rosalina tenía entonces veintidós años y yo catorce. Nos enamoramos, sin saber cómo, locamente; ella era hija de un poeta puertorriqueño que había venido a Sevilla con no sé qué comisión literaria cerca del Archivo de Indias. Entonces yo pintaba flamencas y campos de sol, como mi maestro, y no tenía la menor sospecha de mi porvenir poético. (...) Tuvieron que tornar a su país y yo me quedé solo —¡solo como nunca!— en aquel verano de Sevilla (...). Y un buque negro, inmenso, surcaba mi ensueño, por los mares eternos, con una mujer pálida y opulenta en la cubierta.

2. AMADAS DE LA ADOLESCENCIA: LOS FRACASOS DE BLANCA HERNÁNDEZ-PINZÓN, MARÍA ALMONTE Y MARÍA TERESA FLORES

Como hemos constatado, hasta la liberación mental del Modernismo, Juan Ramón había estado encorsetado por la rigidez moral de su educación jesuítica, lo que le había supuesto una concepción muy puritana del fenómeno amoroso, con la excepción notable de sus juergas sevillanas, las cuales en el fondo no debían de contener conquistas amorosas, sino relaciones mucho más simples y efectivas de oferta y demanda. Y es que su adolescencia va a estar marcada por el apocamiento del futuro galán, fruto en parte de ese peso moral de la religión, pero también, lógicamente, de su propia inexperiencia en las operaciones románticas. Podría decirse que el inmenso éxito con las mujeres que le acompañaría el resto de su vida fue al principio de la misma todo lo contrario, y que sufrió la cara amarga del amor, con relaciones que él mismo exageró o en las que no fue tan correspondido como pensaba. Lo hemos comprobado con Rosalina, a quién el poeta siempre consideró su novia y de quien afirmó que estaba enamoradísima de él (y no sólo ella, sino también su hermana Graciela), y, sin embargo, la propia Rosalina se encargó de relativizar muchísimo todo esto con el paso de los años, llegando a negar claramente dicho noviazgo, el cual, por otra parte, ¿cuándo tuvo tiempo de suceder? Si Juan Ramón llegó a Sevilla en otoño de 1896 (o un poco antes) y Rosalina y su

familia dejaron España a principios de 1897, apenas nos queda medio año para que «intimaran» los dos jóvenes.

a) Blanca Hernández-Pinzón

En cuanto a la que Juan Ramón siempre llamó su «primera novia», Blanca Hernández-Pinzón Flores, es sin duda la amada que más presencia tuvo en su obra. Él siempre defendió este noviazgo y las pocas pruebas documentales que tenemos del mismo (tres cartas y dos borradores de cartas de Juan Ramón a Blanca⁷⁸) apuntan a que realmente existió. Sin embargo, todo indica que fue un noviazgo problemático, que la familia de Blanca pronto lo vio con malos ojos, que la relación probablemente se acabó antes de lo que Juan Ramón creía y que, de cualquier modo, Blanca no correspondió con la misma intensidad a los sentimientos del joven moguerense.

Como apunta Palau (que es quien, como en tantos otros temas, más datos ha aportado sobre Blanca), aunque se conocían desde pequeños en Moguer, Juan Ramón se enamoró de Blanca al terminar el bachillerato con los jesuitas en El Puerto de Santa María⁷⁹. El ambiente bucólico de Moguer era uno muy distinto al del colegio, mucho más propicio a pensar en el amor que en las penas del infierno. Justo en el verano de 1895, una vez terminado el Bachillerato nos encontramos con las que, salvo un par de poemitas escritos en sus libros escolares, son las primeras muestras poéticas de «andaluz universal»: un *Álbum de poesías* en el que, junto a poemas de autores que admiraba, puso unos cuantos suyos. Y de hecho, escribió dos en agosto con el mismo título: “A mi novia”⁸⁰. El segundo, muy corto: “¡Cuántas horas felices y tranquilas/ Pasaré de ti enfrente,/ Si yo puedo vivir eternamente/ Asomado al balcón de tus pupilas!”; y el primero algo más largo:

Yo soy volcán apagado sin ti,
A quien tú comunicas la vida;
En tu lado el amor yo sentí
Niña del alma querida.

⁷⁸ Vid. JIMÉNEZ 2006, pp. 85-86 y 613-615.

⁷⁹ PALAU 1974, pp. 66-70.

⁸⁰ Vid. MARTÍN 2007, pp. 58 y ss.

Sin tu amor ¿yo qué fuera mi niña?
El hombre más simple y más huero.
Mas ya que iluminas mi vida
Yo rey me considero.

Si ingratas me fueras mi vida
Pronto de pena muriera,
Quiéreme y no me olvides mi niña
No me des esa pena.

Si me muero tampoco me olvides.
En mi tumba pon flores.
Que el que de veras quiere bien sabe
Que son amores.

Sin embargo, la mayoría de los poemas que escribió Juan Ramón durante su adolescencia y primera juventud sobre tema amoroso abordan de forma clara el tema del desengaño (siendo además el tópico de los celos mucho más común en la poesía amorosa de la época). Esto apunta también en la dirección de que el futuro poeta no comenzó con buen pie su trayectoria como donjuán. Otro poema del *Álbum*, muy sintomáticamente titulado “El desengaño”, ilustra perfectamente este detalle, el cual, todo hay que decirlo, tampoco es que fuera muy ajeno al poema anterior recién citado:

Te vi, te idolatré, quedé sin calma.
¡Torpe de mi,
Que en mi ciego delirio a mi ser sin alma
La mía di!
La dicha que soñé trocóse en yugo.
¡Loca ilusión!
Tras mi cielo corrí, y halló un verdugo
Mi corazón.

Pero volvamos a Blanca. Ella era amiga de la familia Jiménez y sobre todo de su hermana Victoria. De hecho, José Hernández-Pinzón, el hermano de Blanca, acabaría casándose con Victoria, teniendo como descendencia, entre otros, a Francisco Hernández-Pinzón Jiménez, cuya incansable labor en la conservación de la obra de su tío es sobradamente conocida; desgraciadamente, nos abandonó hace poco⁸¹. Parece ser que el enamoramiento de

⁸¹ «Sus padres [los de Blanca y José] eran don Antonio Hernández-Pinzón

Blanca continuó a lo largo de la etapa sevillana, especialmente durante sus estancias en Moguer, aunque el noviazgo no debió de durar demasiado.⁸²

Ya en 1901 la madre de la joven no veía con buenos ojos esta relación debido a los problemas nerviosos y emocionales del poeta, y al simple hecho de ser poeta (y poeta modernista, no lo olvidemos) y no un burgués al uso; quizá entonces se produjo su distanciamiento. A su regreso a Moguer, a principios de 1906, Juan Ramón volvió a ver regularmente a Blanca, «ya que frecuentaba la casa de su hermano casado con Victoria, (...), repuesto de sus achaques iba allí a menudo a jugar con sus sobrinos».⁸³ Seguramente entonces se le revolverían los sentimientos hacia su primer gran amor, atenuados por la lejanía y las mujeres galantes de Madrid, pero eso no tiene por qué indicar que su noviazgo siguiera en activo. Yo me atrevería a sostener la hipótesis de que desde su visita al Sanatorio de Burdeos se podría dar prácticamente por finiquitada la relación, especialmente por la oposición de la familia de Blanca⁸⁴ y que ya después fue Juan Ramón el que tardó algunos años en aceptar la realidad. De hecho, existen dos borradores de cartas

Berruero y doña Dolores Flores Tello. Don Antonio, muerto cuando Blanca era pequeña, había sido Juez Municipal de Moguer, además de agricultor acomodado, y tenía, como los Jiménez, negocio de vinos (...). Blanca y su hermana María Gracia vivían con su madre viuda en una casona de la calle de la Cárcel propiedad de los Hernández-Pinzón. José, el hermano que estudiaba para abogado en la Universidad de Sevilla, era novio de la hermana de Juan Ramón, Victoria Jiménez, a quien él no le había hecho mucho caso de pequeñito, por haber preferido a Ignacia, la hermana mayor; pero ésta se había casado por los años de su entrada al “Colegio San Luis Gonzaga” (...) [con] un joven de una familia como la de Blanca; se llamaba Pedro Gutiérrez Díaz y era agricultor, ganadero y vinatero» (PALAU 1974, pp. 66-67).

⁸² Sí es evidente la importancia que atribuyó el de Moguer a Blanca, independientemente de cuánto llegó a ser realmente su novia; al menos es lo que se desprende de su poesía posterior, especialmente de las *Baladas de primavera* y *Laberinto* (vid. PALAU, 1974, pp. 164, 366, 373 y 441). Las tres cartas juanramonianas dirigidas a Blanca, publicadas por Alegre, confirman los celos de la madre de la joven que, al parecer, escondió las misivas para que no llegaran a su destinataria (vid. JIMÉNEZ 2006, pp. 85-86). Por otro lado, el tono y el contenido de las mismas no desautoriza en ningún modo la hipótesis de que Juan Ramón exageraba su supuesto noviazgo o que, al menos, no era correspondido sentimentalmente dentro del mismo.

⁸³ PALAU 1974, p. 373.

⁸⁴ Vid. JIMÉNEZ 2007, p. 40.

del poeta a Blanca escritos en Fuentepiña y Moguer, de los que no se puede saber la fecha exacta y ni si fueron enviados finalmente, que podrían representar esta situación. En ambas se nos muestra a un Juan Ramón despechado que intenta disimular su amor y su despecho ante el silencio o la indiferencia de Blanca, incluso mintiendo (o quizá fabulando) con una inminente boda suya, es de entender que con Louise Grimm. Puesto que durante su periodo madrileño de 1901-1905 volvía durante la mayoría de los veranos a Moguer⁸⁵, el primero de los borradores bien podría ubicarse (aunque esto es una mera conjetura) en alguno de esos periodos estivales en los que Blanca ni podía ni —quizá— quería continuar con la relación (de hecho, este proyecto de carta está escrito desde la casa veraniega de Fuentepiña): «Al mismo tiempo, [*tachado*: y como entre nosotros todo ha concluido] te suplico que hagas un paquetito con todo lo que tienes de mí, cartas, retratos, libros, etc. —absolutamente todo, hasta lo más insignificante— y que me digas cuándo puedo mandar a recogerlo». El segundo, mucho más vehemente, sí se puede fechar con más garantía alrededor de 1906 por la alusión mencionada a Louise Grimm⁸⁶:

[N]ecesito que me mandes todas mis cosas, pues pienso casarme dentro de unos meses y quiero que todo eso quede en mi poder, de modo que me haces un paquetito con todo lo que tienes de mí —cartas, libros, retratos, etc.—, desde el barquito que te pinté cuando éramos niños hasta esta carta de hoy, y, me mandas decir cuándo pueden ir a recogerlo de mi parte. Claro está que no me podrás devolver algunas cosas, por ejemplo todos los besos que te he dado. Yo en cambio, lo único que puedo devolverte es nada, pues tus cartas, única cosa que tenía de ti, están rotas hace tiempo por una dama, Luisa Grimm.

En cuanto a las tres cartas que envió Juan Ramón desde el sanatorio de Burdeos (las únicas enviadas con toda seguridad que se conservan), reproduzco la tercera de ella, la más desesperada, la que da idea del silencio de Blanca. También es cierto que, como contaba Alegre, «[s]egún relata la familia, la madre de Blanca nunca

⁸⁵ BLASCO y PIEDRA 2006, p. 100.

⁸⁶ JIMÉNEZ 2006, p. 614-615.

permitió que las cartas llegaran a su destinataria. Aparecieron años después, sin abrir, en un cajón de su hermana María Gracia»⁸⁷. Aun así, y a pesar de este silencio obligado, por la poca información de que disponemos, se intuyen muchos otros silencios ya más voluntarios. Tampoco se conserva ninguna carta de Blanca dirigida a Juan Ramón, lo que (sin entrar a especular sobre las posibles razones de ello) es desde luego una verdadera lástima. Veamos la carta, que es del 14 de mayo de 1901 y, por lo tempranera, debe eliminar la posibilidad de que el moguerense ya hubiera comenzado alguna relación amorosa o sexual en territorio francés; está encabezada sencillamente “Blanca” y dice así⁸⁸:

*Hace un día bochornoso; un calor atroz; voy a Burdeos con el doctor Lalanne; antes te escribo esta carta para decirte otra vez que me perdones y que me quieras. Yo soy ahora mejor que antes; ayer noche di un paseo por el parque con Lalanne y su señora; ¿no te zumbaron los oídos? Hablamos de ti. Adiós.
¡Escribe por Dios!*

Por otro lado, ya he comentado que las referencias a Blanca en la poesía juanramoniana son abundantísimas⁸⁹. Una de ellas, muy significativa, es la dedicatoria de la sexta parte de *Laberinto*, «*Nevenore*», «Llorando a Blanca/ casta y pálida/ como una rama de almendro en flor»; en el adjetivo calificativo «casta» podemos apreciar además cómo este amor adolescente (al igual que el resto) no debió de ser consumado desde el punto de vista sexual. Esto es algo que no se confirma del todo con los poemas que le dedicó en *Libros de amor*, ya que alguno hay con un marcado componente erótico (nº 61), pero, como ocurrió con Louise Grimm (con la que Blanca comparte protagonismo en el poema nº 86), debe de deberse más al deseo que a la realidad y por eso transcribo aquí el que me parece más acorde a esa realidad, con menos sensualidad, más sentimiento y una nueva alusión a la castidad; es el poema nº 66⁹⁰:

⁸⁷ JIMÉNEZ 2006, p. 86.

⁸⁸ JIMÉNEZ 2006, p. 86.

⁸⁹ Vid. JIMÉNEZ 2007, pp. 40-41.

⁹⁰ JIMÉNEZ 2007, p. 140.

Entre la sombra verde y azul, que hace más grande
el jardín, blanca, blanca, blanca, la dulce rosa
perdura tristemente, como la mano blanca,
como la frente blanca de una primera novia.

Y en la frescura del momento, una amargura
romántica, anhelante y casta, me acongoja.
El sollozo del agua me obliga a sollozar.
Al llanto de la estrella, mi vida llora, llora...

¡Amor blanco — ¿qué amor? —, que fuiste cual la luna
de mi juventud pálida, toda llena de historias;
no sé quién eras tú; pero sé bien que eres
como una rosa blanca que perdura en la sombra!

Para terminar de hablar de esta primera novia juanramoniana simplemente debo decir que acabaría casándose —no con Juan Ramón sino con un tal Diego de la Concha— el 23 de diciembre de 1913, hecho que no afectaría al poeta, ya que «entonces todos sus pensamientos estaban puestos en Zenobia Camprubí».⁹¹

b) María Almonte

Otro amor fracasado de su adolescencia fue el de María Almonte, hija de Rafael Almonte, el médico de la familia en Moguer⁹². De hecho, ella es el nombre de mujer que más aparece en *Pastorales*, cuya tercera parte, «La estrella del pastor», está dedicada «A/ María del Rocío,/ la de gala-de-rosa». «María del Rocío» es seudónimo de María Almonte, algo evidente para la gente de Huelva, puesto que la Virgen del Rocío es patrona del pueblo onubense de Almonte. Tanto el uso del seudónimo como la razón del fracaso de esta posible relación, de la que no existen pruebas de su concreción salvo algunos escritos adultos del poeta, es la misma, y Palau lo explicaba muy bien: «Pero Juan Ramón no podía dedicarle versos a María Almonte abiertamente en el pequeño pueblo de Moguer, porque allí tenía fama de loco; porque al padre de María, su médico, que conocía a fondo su mal, no le hubiera gustado que galanteara a su hija, y el pueblo hubiera censurado a María de saber que no le

⁹¹ PALAU 1974, p. 535; vid. también JIMÉNEZ 2007, p. 39.

⁹² Palau es quien ha hablado más de ella y siga sus datos (PALAU 1974, pp. 33 y 319-321).

desagradaban las atenciones del poeta enfermo de los nervios»⁹³. En el final de uno de los poemas dedicados a ella en *Pastorales* podría observarse un reclamo irónico por parte de Juan Ramón sobre su condición poco pragmática de poeta y, por tanto, mal partido: «Y tú sueñas con un novio/ que te labre la campiña,/ y yo no sé labrar.../ Qué pena..., ¿verdad, María?»⁹⁴. Como todo indica que el joven moguerense empezó a tener verdaderos problemas nerviosos a raíz de la muerte de su padre en julio de 1900, hemos de deducir que, aunque conociera a María desde pequeño y comenzara a interesarse en ella en su adolescencia, fue en el estricto fin de siglo cuando debió de incrementar su interés por la chica, quizá cansado de su relación con Blanca. En el siguiente fragmento de unos «Recuerdos» inéditos que citaba Palau, se pueden observar los emocionados sentimientos del poeta (que no probablemente la realidad exacta), el cual en «las tardes claras de septiembre iba (...) a buscar a María con el padre de ella, al colegio de las Esclavas»⁹⁵:

Tú venías lijera, sofocada, con tus ojos negros encandilados y más intensos de cielo azul y la sonrisa de tu boca de cereza era para mí una cosa mágica y sin nombre. Tú querías todo lo que yo quería, eras siempre partidaria de mis sueños y me preguntabas qué quería yo que tú hicieras. Sabías de memoria todos mis versos. Alguna vez —¿te acuerdas?— en la soledad me preguntabas: ¿no estás mejor aquí conmigo? Evitabas mi mirada, te turbabas ante mí y la gente me decía que tú me querías. Verdaderamente, tú me querías. Y yo te tengo aún en el alma, tal como entonces eras, con tu trenza, tus senos nacientes, tu boca enormemente roja, tus ojos negros, dorados, azules encandilados...

Es muy difícil saber con certeza si María le correspondió o no, pero es más lógico pensar que no fue así por todo lo dicho hasta ahora. Lo que sí ha quedado claro es el recuerdo de los sentimientos del poeta, tanto el lejano citado como alguno más reciente, y así se

⁹³ PALAU 1974, p. 320.

⁹⁴ JIMÉNEZ 2005, p. 954.

⁹⁵ PALAU 1974, p. 321.

observa en este poema de *Pastorales* en el que, como volvía a señalar Palau, María «tiene categoría de mujer casta y admirada»⁹⁶:

María, que alegre estaba
la luna sobre las viñas!
El sol ya se iba rosando,
ya los rebaños volvían...
(...)

Yo iba pensando en la suave
boca grana que tenías,
la que te nevó la luna,
aquella noche, María.

María..., aunque toda mi alma
es solo alma tuya; mira
aunque el jardín nos aguarda
y no faltaré a la cita;

María, aunque vas de blanco
y, por tristeza, eres mía,
aunque te beso en los ojos,
aunque no quiero tu risa,

¡si vieras qué alegre estaba
la luna sobre las viñas!
Mira..., el sol se iba rosando,
y era una rosa de oro..., mira...

c) María Teresa Flores Íñiguez

Por último, hay que incluir entre las amadas adolescentes que no debieron de prosperar demasiado una menos importante que María Almonte y Blanca Hernández-Pinzón, pero que también rondó los pensamientos y los sentimientos del poeta: María Teresa Flores Íñiguez. De ella, que era prima de Blanca⁹⁷, decía Palau que «también estaba un poco enamorado»⁹⁸ y, basándose en una de las *Baladas para después* (la “Balada de cuando yo estaba lejos de

⁹⁶ PALAU 1974, p. 322. El poema está en JIMÉNEZ 2005, pp. 948-949.

⁹⁷ JIMÉNEZ 2006, p. 614.

⁹⁸ PALAU 1974, p. 67.

la luna”) comentaba que probablemente Juan Ramón se refería a ella cuando contaba que «consultaba sobre palabras inglesas a mi novia porque estaba en un colejo de Irlandesas —vacaciones— y ella me traducía la etiqueta de frasco de esencia»⁹⁹. Y es cierto que «María Teresa Flores Íñiguez, su otra novia moguerena, (...) asistió a ese colejo cuando él estaba en el de los jesuitas del Puerto de Santa María, de ahí la referencia a las vacaciones»¹⁰⁰. Desde luego, parece claro que el moguereno la sintió como una de sus amadas de adolescencia, puesto que eso insinuaba al hablar de ella así en uno de esos borradores de carta a Blanca en el que rompía con ella: «María Teresa Florez me ha pedido un retrato que yo tenía de ella y que tú me quitaste; por lo tanto, te ruego que me lo mandes lo más pronto que sea posible».¹⁰¹

También contaba Palau que la hermana de María Teresa, Coral, se interponía entre ellos reclamando su atención. No hay que entender esto como un detalle aislado, pues hemos visto que algo parecido ocurría con la hermana de Rosalina Brau y —lo apunto ahora— con la de Blanca. Explicaba Palau en el mismo párrafo en el que hablaba de Coral Flores, que «a él le parecía que Gracia, la hermana de Blanca, se interponía entre los dos, queriendo que él se fijara en ella»¹⁰². Por lo que parece, al igual que ocurriría unos años después con las hijas de sus amadas, durante la adolescencia Juan Ramón desarrolló, alimentada por su mentalidad romántica, alguna especie de fijación por las hermanas de sus «novias», a quien las sentía «también» enamoradas de su persona.

Para concluir con este apartado romántico adolescente, me detendré brevemente en un episodio crucial en la formación de la personalidad juanramoniana —en el tema amoroso, pero también en todo lo demás— y al que ya he hecho alusión en más de una ocasión: su estancia en el colejo jesuita de El Puerto de Santa María, origen claro de su obsesión por la moral y el pecado y desencadenante evidente de su particular psicomauia entre el espíritu y la carne.¹⁰³

⁹⁹ JIMÉNEZ 1969, pp. 319-320.

¹⁰⁰ PALAU 1974, p. 387.

¹⁰¹ JIMÉNEZ 2006, p. 613.

¹⁰² PALAU 1974, p. 67.

¹⁰³ MARTÍN 2007, p. 47 y ss.

A principios del curso 1893/1894, don Víctor Jiménez trasladó a su hijo al jesuita Colegio San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María, en Cádiz. Después de dos años estudiando con matrícula libre en el Instituto de Enseñanza Media de Huelva, pensó que la educación que podía recibir con los jesuitas sería mucho mejor (no sin razón, ya que en la época la calidad de la enseñanza religiosa era la de mayor nivel). Sin embargo, el estricto ambiente y la fundamentalista educación jesuítica provocaron unos serios daños colaterales en un adolescente tan sensible. Influencias poderosas como *De la imitación de Cristo* de Tomás de Kempis o las colecciones de fábulas morales que se utilizaban por aquel entonces en los colegios religiosos lograron crear en Juan Ramón un sentimiento de culpa ante todo lo que tuviera apariencia de pecado, lo que influiría claramente en su concepción del amor, que, como ya hemos visto, fue basculando hasta que conoció a Zenobia entre aquello que le dictaba su conciencia y aquello hacia lo que le impulsaban sus deseos, sin poder reconciliar esta antinomia durante casi treinta años.

No es casualidad que el primer poema juanramoniano conservado, de mediados de 1895, sea precisamente un poema de marcado tono moral y religioso escrito en uno de esos libros que utilizaba en Cádiz:

Aquí yace de un hipócrita
el cuerpo malvado y necio
que por no sufrir desprecio
bueno quiso aparecer.

Teniendo manchada el alma
con la lepra del pecado
ahora ya está condenado
a las penas del infierno.

Después, como también vimos, el verano y el ambiente de Fuentepiña suavizaron esta preocupación moral (y la prueba son los varios poemas amorosos que incluyó en el *Álbum* de 1895), pero ya la semilla había germinado en su interior y las páginas precedentes han dejado testimonios de los vaivenes sentimentales y sexuales que esta estricta educación le ocasionó.

3. AMADAS INOCENTES DE LA INFANCIA

Y casi para concluir este trabajo hablaré sobre las amadas infantiles de Juan Ramón, lógicamente inocentes y puras por su edad en cuanto al sexo pero muy intensas a veces en la evocación que el poeta hizo en sus escritos autobiográficos de adultez y senectud, como es el caso del libro autobiográfico *Por el cristal amarillo*, inédito hasta que lo publicara Francisco Garfias en 1961 (yo sigo la reedición de 1969 en *Libros de Prosa 1*, también de Garfias). Si nos fijamos bien, éstos también fueron amores en cierto modo fracasados o imposibles, lo que engancharía con la tónica de la adolescencia. Evidentemente, si he señalado para las amadas de otras épocas de mayor edad que nunca debemos fiarnos del todo de los escritos juanramonianos no coetáneos, para éstas, con quienes la memoria de Juan Ramón hubo de hacer un esfuerzo y un trayecto de vuelta mayores, la advertencia es aún más seria. A pesar de ello, lo que importa ahora, al fin y al cabo, es que Juanito Ramón Jiménez Mantecón, de un modo otro, llegó a sentir estos amores. Coherentemente con esto, de dos de esos amores infantiles copio parte de las prosas dedicadas expresamente a ellas.

a) Pepita Gonzalo

En cuanto a la onubense “Pepita Gonzalo” decía Juan Ramón en “Entes y sombras de la infancia”, sección de *Por el cristal amarillo*¹⁰⁴:

Fuimos a Huelva, de noche, a ver una zarzuela... (...) Al salir, en el olor a gas de la calle del Puerto —olor que entonces era para mí señal de cosmopolitismo—, en la acera ancha, Pepita Gonzalo que me mira, confusa, al irse, con sus ojos verdes de niña de fuera, elegante, estraña para mí, niño fino, pero tosco de maneras, y triste, de pueblo.

Luego mi prima que me dice que ella «me quiere»... Retorno a Moguer por la carretera —¡qué triste!— con esa angustia de madrugada de la imposibilidad de una cosa posible vista desde fuera, en la incomprensión de los diez años...

¹⁰⁴ JIMÉNEZ 1969, p. 1073.

El primer sentimiento de la mujer delicada, fina, sutil, incorpórea, hermana del sueño y de la enredadera, me lo dio Pepita Gonzalo.

Sus ojos eran de un verde claro y redondo, en un rostro blanco con pecas, agudo, tierno y mimoso. (...)

b) Matilde Navarro

La siguiente prosa es sobre Matilde Navarro, «una niña muy guapa que a él le gustaba», como decía Palau, moguereña, al igual que él¹⁰⁵. El título del texto es, muy gráficamente, «Amor» y pertenece a otra sección de *Por el cristal amarillo*, «Vida y época»¹⁰⁶:

Recuerdo la plaza de la iglesia de Moguer en tardes de tormenta. Se trocaba el brillo de las fachadas y se quedaba solitaria y medrosa.

Yo estaba, con una blusa grana y negra, en un banco, con la niñera de Matilde Navarro, que me decía:

—¡Qué ojos tienes, Juanito! ¡Jesús, qué ojos tienes, hijo!

Luego, ya estábamos solos las niñas y yo. Ellas se iban corriendo por la calle y se entraban en su casa por la puerta falsa. Yo me iba solo, y cuando nadie me veía, me ponía a besar las piedras que yo me figuraba que había pisado Matilde.

Cuando yo me iba, recuerdo que la veía, por la cancela —unos ojos inmensos—, entre cristales de colores, plátanos, ya en el trueno y los goterones.

c) Carmen Rasco

Y por último, siguiendo a Expósito¹⁰⁷, vamos a saber de «[o]tra muchacha con la que JRJ tuvo una de sus primeras ilusiones amorosas y de la que hasta hoy no se sabía nada». Se refería a Carmen Rasco Rasco, una moguereña que murió en 1889 de tuberculosis, cuando ella tenía doce años y Juan Ramón apenas ocho. Carmen contaba con un origen humilde, puesto que su padre

¹⁰⁵ PALAU 1974, p. 31.

¹⁰⁶ JIMÉNEZ 1969, p. 1213.

¹⁰⁷ JIMÉNEZ 2007, pp. 41-43.

era el labrador José Rasco Alfaro, casado con Montemayor Rasco Hernández; vivían en la calle Hornos, nº 18. A la luz de estos datos, podemos interpretar las alusiones existentes en su obra a una tal Carmen (la prosa XCVII, «El cementerio viejo», de *Platero y yo*¹⁰⁸) o incluso simplemente a una niña que enfermó de tuberculosis (la prosa XLVI, «La tísica», del mismo libro¹⁰⁹). Expósito citaba un fragmento de una prosa titulada «Una risa inesplicable» de otro libro autobiográfico, *Con el carbón del sol* (inédito también hasta que lo publicó Garfias en 1973, Magisterio español, Madrid); en él los sentimientos del niño moguereno quedan fielmente reflejados, aunque sea desde la distancia de los años¹¹⁰:

Después, ya muchacho, llegó Carmen, y cuando Carmen murió sin ser toda mía, se llevó con ella mi amor y me dejó para siempre la idea de lo imposible. Y desde entonces, que yo recuerde, donde no estaba «ya» la luz y la sombra de la mujer, el amor misterioso de la mujer, faltaba todo para mí, el mundo estaba vacío y poco a propósito para reírme, como no fuera de él y de mí.

No obstante, el testimonio más evidente y más bello que dejó Juan Ramón a su pequeña amada enferma fue el del poema nº 85 de *Libros de amor*, titulado “Balada de Carmen la humilde, en la noche de luna”¹¹¹:

La luna está en las rosas que tu carne florece;
es blanca, como armiño, la tapa de su tumba;
tu nombre dulce, grabado sobre piedra,
se lee vagamente a la luz de la luna...

Y tu recuerdo es, en la noche tranquila,
algo que pone lírica la celeste penumbra...
Como un ramo de estrellas, caído desde el cielo,
eres de plata, de agua, de cristal y de música.

¡Oh, parece que vagas por las sendas! Que huele
tu leve estela blanca como a violetas mustias,
que se vuelven de seda tus ojos de ceniza,
que tus pies son de carne, que tus manos alumbran...

¹⁰⁸ JIMÉNEZ 1988, p. 199.

¹⁰⁹ JIMÉNEZ 1988, p. 135.

¹¹⁰ JIMÉNEZ 2007, p. 42.

¹¹¹ JIMÉNEZ 2007, p. 159.

Ante la imagen espectral, aunque bella, con que termina este poema y ante la alusión a la sombra y el misterio de la mujer de la cita anterior, quizá tuviéramos que hablar también de fondo autobiográfico en el ya citado poema «Somnolenta», donde el tópico romántico y modernista de la amada muerta pudo basarlo el poeta en su propia amada física y fallecida en la flor de la vida: Carmen Rasco.

4. AMADAS ANÓNIMAS Y CASI OLVIDADAS

A estas alturas no hace falta decir que el historial amoroso de Juan Ramón es notablemente amplio, y eso que sólo hablamos de la mitad de su vida, ya que en 1913 conoció a Zenobia y se plantó. Si ya de por sí ha sido bastante complicado, por esta razón, realizar el presente trabajo, cuesta imaginar cómo hubiera sido la labor de no haber sentado la cabeza el escritor onubense en las cercanías del ecuador de su vida. Y sin embargo, la lista aún podría ampliarse más, pues existe una serie de nombres que aparecen en su obra de los que o bien apenas sabemos nada salvo que el poeta desarrolló algún tipo de sentimiento romántico o atracción sexual hacia sus personas, o bien conocemos su identidad pero casi nada sobre la naturaleza de los sentimientos juanramonianos.

Un amor moguereno que debe de ser de la época inmediatamente posterior a Rosalina Brau fue el de Feliciano Sáenz. No se sabe mucho de ella aparte de que era una moguerena cosmopolita y refinada que tocaba excelentemente el piano, algo a lo que el poeta no estaba acostumbrado y que era, en realidad, lo que buscaría años después en mujeres como Louise Grimm, Georgina Hübner y finalmente Zenobia. La única información disponible es la de la prosa «Chopin» de «Vida y época».¹¹²

¹¹² «Feliciano Sáenz tocaba deliciosamente el piano. “Feliciano es muy fina”, me decía mi madre, que sabía de esto. Había viajado mucho, había vivido en Francia, donde había conocido a Lucio Félix Faure, con quien, vuelta de todo a Moguer, guardó el escape de una correspondencia amistosa. Esta familia de los Sáenz, parientes nuestros, me gustaba mucho. Paca, la hermana de Feliciano, era también delicada y escojida, aunque menos cultivada, y era madre de Margarita, una niña, perla en flor, verde, blanca y oro, que estuvo mucho por mi ilusión en mi primera juventud. Margarita Garrido Sáenz, que

Palau también hablaba de Margot, un dama de la alta sociedad madrileña a la que admiraba Juan Ramón y que, al igual que ocurrió con Louise Grimm, denegó, por el qué dirán, la dedicatoria de una de las tres partes de *Pastorales*.¹¹³

Esta misma autora daba un nombre más, el de Dolores Bedoya, que asistía a las tertulias musicales de Susana Almonte: «era menuda, de apariencia gentil y vivaracha» y también le gustaba a Juan Ramón.¹¹⁴

Y en el poema XIV de *Jardines lejanos* (1904) aparece junto Francina una tal Magdalena (Madeleine), de la que poco sabemos aparte de que fue ayuda de cámara en Castel D'Andorte entre 1901 y 1904¹¹⁵ y de que, si hacemos caso al poema en cuestión (lo cual ya sabemos que no es siempre aconsejable del todo), pudo formar alguna especie de trío erótico junto a la citada Francina y nuestro poeta: «...Ya no sé lo que somos... Las bocas/ de ellas ponen su fiebre en la mía./ Tengo miedo... Parecen dos locas/ que me quieren volver la alegría».¹¹⁶

Además, en *Libros de amor* se cita, en el poema nº 78, el nombre de Genoveva junto al de Louise Grimm como ejemplos de «[m]ujeres altas, finas, un poco mustias, que/ me alucináis el alma con vuestros ojos mágicos»¹¹⁷. A ella está dedicado el romance «Sol de otoño» de *Laberinto*.¹¹⁸

Y la segunda parte de *Pastorales*, titulada «El valle», está dedicada «A/ la memoria de/ Estrella, que se murió en mayo». Podríamos

su padre [sic], “Pepe” Garrido, decía que tenía que casarse conmigo./ Yo iba algunas veces a casa de Feliciano, allá al fin de la calle de la Ribera, a oírle tocar y hablar, a verla. Era de una belleza rasgada y franca que me fascinaba (...) Entonces yo tenía diecisiete años: oí a Chopin por vez primera y de qué primer modo. Feliciano, ahora lo comprendo bien, espresaba a Chopin con un sentimiento delicioso y completo que me estremecía, me embriagaba, me enloquecía» (JIMÉNEZ 1969, p. 1238).

¹¹³ PALAU 1974, p. 340.

¹¹⁴ PALAU 1974, p. 403.

¹¹⁵ PRAT 1986, p. 128.

¹¹⁶ JIMÉNEZ 2005, p. 344.

¹¹⁷ JIMÉNEZ 2007, p. 152.

¹¹⁸ JIMÉNEZ 2005, pp. 1295-1296.

estar hablando de otra amada muerta, aunque posterior y menos significativa que Carmen Rasco. «Estrella, en los poemas, es una muchacha del campo que el poeta a veces llama por el diminutivo y que aparece por primera vez en *Arias tristes*, en el poema XIII de la primera parte, que debe estar relacionado a la estancia de Juan Ramón en el Guadarrama con el doctor Sandoval».¹¹⁹

Y por último, el libro *Laberinto* está dedicado de forma genérica «A la mujer escogida» y cada una de sus siete partes a Graciela Brau, Madame Lalanne, Denise Lalanne, Marthe Lalanne, Blanca Hernández-Pinzón y Susana Almonte, por este orden, salvo la primera que está dedicada a Natalia, la hija del pedagogo e historiador «Manuel Bartolomé Cossío, cuya casa Juan Ramón visitó más de una vez en Madrid».¹²⁰

La conclusión más sencilla que se puede obtener después de todo lo dicho hasta aquí (que aún puede ser estudiado más en profundidad, por supuesto) es que pocas cosas hay en la vida de Juan Ramón más importantes que el amor y la mujer; y ya sabemos de sobra que en él vida y obra van de la mano. Por tanto, para Juan Ramón (al menos para el de la primera parte de su obra, hasta que conoció a Zenobia y terminó evolucionando hacia términos insospechados vital y poéticamente) podemos decir, con Bécquer, que la Poesía es la Mujer.

En homenaje a Ella, cierro estas páginas con un fragmento juanramoniano que ilustra muy bien la enorme influencia de la Mujer en su vida¹²¹:

Mi madre solía decir que, de niño chico, yo estaba siempre riéndome (...). Y que no comprendía cómo, luego, me volví tan serio. (...) Muchas veces, he querido encontrar la razón a este cambio. ¿La muerte brusca de mi padre a la madrugada; el colegio de los Jesuitas, con su paño morado constante de

¹¹⁹ PALAU 1974, p. 317.

¹²⁰ PALAU 1974, p. 432.

¹²¹ Pertenece también a “Vida y época”, de *Por el cristal amarillo* (JIMÉNEZ 1969, pp. 1216-1217), y se titula, al igual que una de las citas anteriores «Una risa inexplicable», puesto que es una versión algo diferente de dicha prosa.

muerte; el despertar sexual con la idea de lo imposible? Sí; sólo alcanzo a ver que en el fondo de toda esta lucha de espejos y ondas, como en el fondo de todos los fondos de mi vida, yerra siempre, desde mi niñez segunda, el espejismo de la mujer esbelta, ideal con aura oscura o dorada, dorada preferente, naturalmente. En forma de gloria, forma de amor, de obra, en forma de muerte, en forma de imposible, la mujer ideal, niña, adolescente, joven, mayor, caída, última, muerta, estatua, aparición, vaga al fondo de todos los mirajes espejismos de mi vida y es término así de mi vida toda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BLASCO, J. y PIEDRA, A. (2006), “Cronología (1881-1958)”, en VV. AA., *Juan Ramón Jiménez. Premio Nobel 1956*, Madrid, Residencia de Estudiantes/ Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 84-184.

CRESPO, Á. (1999), *Juan Ramón Jiménez y la pintura*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

GUERRERO RUIZ, J. (1998), *Juan Ramón de viva voz. Volumen I.* (1913-1931), Valencia, Pre-Textos.

— (1998), *Juan Ramón de viva voz. Volumen II.* (1932-1936), Valencia, Pre-Textos.

GHIRALDO, A. (1943), *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Editorial Losada.

JIMÉNEZ, J. R. (1961), *La corriente infinita* (crítica y evocación), Madrid, Aguilar.

— (1964), *Primeros Libros de Poesía*, Madrid, Aguilar.

— (1969), *Libros de Prosa: 1*, Madrid, Aguilar (ed. de Francisco Garfías).

— (1988), *Platero y yo*, Madrid, Cátedra.

— (2005), *Obra poética, vol. I.*, Madrid, Espasa-Calpe.

— (2006), *Epistolario I. 1898-1916*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

— (2007), *Libros de amor*, Ediciones Linteo, Ourense (ed. de José Antonio Expósito Hernández).

MARTÍN INFANTE, A. (2007), *Juan Ramón Jiménez, 1881-1900.* Una biografía literaria, Huelva, Ayto. de Huelva.

— (2009), *Juan Ramón Jiménez y Huelva. Fin de siglo*, Colección “Los libros del Trienio”, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Huelva.

MUÑOZ Y PABÓN, J. F. [1902], *La Millona*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, S. A., Diputación, 211.

PALAU DE NEMES, G. (1974), *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, 2 vols. Madrid, Gredos.

PORTERO SOTO, A. (2000), “Marga Gil Roësset. Amor y desesperanza”, Malgrat del Mar, Centre d’Estudis i Documentació Zenòbia Camprubí.

PRAT, I. (1986), *El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)*, Madrid, Taurus.

YOUNG, H. (2000), “La fina y dulce Luisa”, *Unidad*, nº II, Moguer (Huelva), Fundación Juan Ramón Jiménez, pp. 25-36.

URRUTIA, J. (1991), “La prehistoria poética de Juan Ramón Jiménez: confusiones y diferencias”, en *Juan Ramón Jiménez. Poesía total y obra en marcha. Actas del IV Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Barcelona, Anthropos, pp. 41-60.